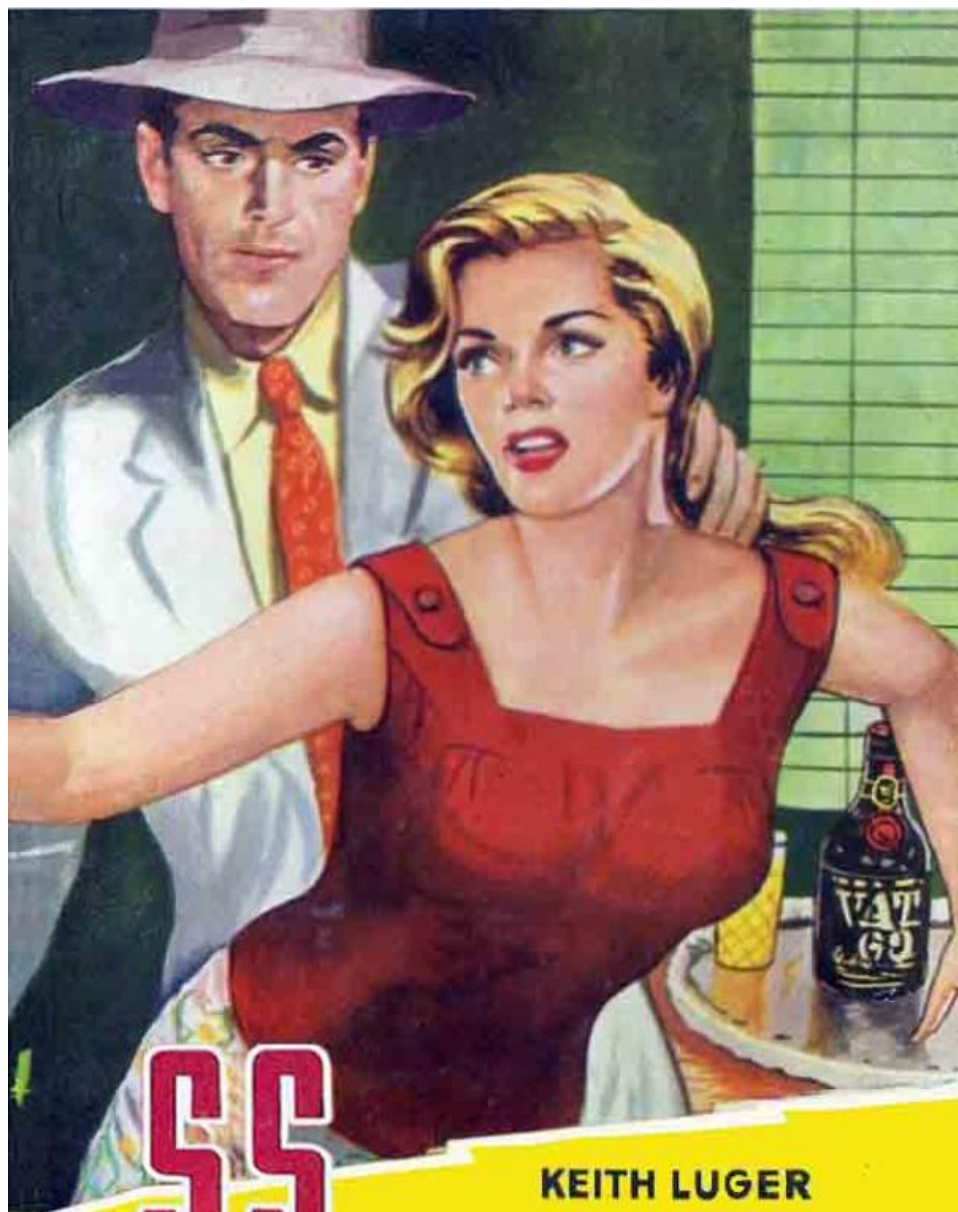




SS

**SERVICIO
SECRETO**

KEITH LUGER

CABALLERO DE FORTUNA

Rick Nolan se detuvo ante la puerta en la que, en letras doradas, se podía leer: «Samuel Gaggenhein, agente consignatario», y la abrió pasando al interior de una oficina donde una muchacha rubia, bonita y de busto exuberante, dejó de teclear para dirigirle una mirada:

—Oh, es usted, señor Nolan...

Una sonrisa aleteó en el rostro atezado, curtido por el sol del Caribe, de Rick Nolan. Apoyó las palmas de las manos sobre la mesa ante la que se sentaba la escultural joven, y dijo:

—Soy yo, en carne y hueso, encanto, ¿me recuerda?



Keith Luger

Caballero de fortuna

Bolsilibros - Servicio Secreto - 381

ePub r1.0

Lds 10.03.19

Título original: *Caballero de fortuna*

Keith Luger, 1957

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

CABALLERO DE FORTUNA

1ª. EDICCIÓN
ENERO - 1957

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

Rick Nolan se detuvo ante la puerta en la que, en letras doradas, se podía leer: «Samuel Gaggenhein, agente consignatario», y la abrió pasando al interior de una oficina donde una muchacha rubia, bonita y de busto exuberante, dejó de teclear para dirigirle una mirada:

—Oh, es usted, señor Nolan...

Una sonrisa aleteó en el rostro atezado, curtido por el sol del Caribe, de Rick Nolan. Apoyó las palmas de las manos sobre la mesa ante la que se sentaba la escultural joven, y dijo:

—Soy yo, en carne y hueso, encanto, ¿me recuerda?

—Es usted muy bromista, señor Nolan. No ha dejado de venir ni siquiera un solo día en la última semana.

—La verdad es que le he tomado cierto cariño, ricura. Pero me gustaría terminar con este asunto. —Rick hizo chasquear los dedos de una mano—. En cuanto logre entrevistarme con su jefe, me largo para mi país.

—Lo siento, señor Nolan, pero el señor Gaggenhein no ha regresado de su viaje.

—Está haciendo un viaje muy largo, ¿no le parece?

—El señor Gaggenhein tiene que atender múltiples negocios, señor Nolan, pero le aseguro que, en cuanto llegue, pondré en su conocimiento que usted ha estado varias veces preguntando por él.

—Muy bien, tesoro. Es usted una chica servicial.

—Gracias, señor Nolan.

Rick sonrió y dijo adiós con una mano. Se acercó a la puerta, la abrió y salió fuera cerrando a sus espaldas.

La secretaria del señor Gaggenhein se mantuvo unos instantes inmóvil, mirando fijamente la puerta que acababa de cerrarse tras

aquel americano de aspecto deportivo. Enarcó las cejas, chupeteó la punta del lápiz y finalmente se dobló a un lado y abrió la llave del dictáfono:

—Señor Gaggenhein.

—Diga, Cristina —le contestó una voz ronca.

—El señor Nolan estuvo aquí otra vez.

—Supongo que se habrá atendido a mis órdenes.

—Desde luego que sí y, como las veces anteriores, estuvo la mar de amable y se marchó.

—Gracias, Cristina. Es usted una muchacha eficiente.

La secretaria sonrió y cortó la comunicación. Dirigió una mirada al escrito que estaba pasando a máquina y se puso de nuevo a teclear.

De pronto una voz le llegó desde la puerta:

—Le salió perfecto, ¿verdad, muchacha eficiente?

Levantó rápidamente la cabeza y se quedó estupefacta viendo apoyado en la pared a Nick Nolan.

La rubia se humedeció los labios con la lengua y fue a decir algo, pero en ese instante Nolan echó a andar y al pasar junto a ella advirtió:

—No es necesario que avise, querida. Me gustan las sorpresas.

Antes de que Cristina pudiese decir algo, Nolan cruzó la habitación y abrió una puerta violentamente.

Samuel Gaggenhein, robusto, de nariz aguileña y cara en forma de pera, se levantó de un salto al ver a su visitante.

Nolan cerró de un portazo y avanzó hacia el agente consignatario.

—No sabía que había regresado ya, Gaggenhein.

Samuel tragó saliva y pretendió sonreír, consiguiéndolo solo a medias.

—La verdad es, señor Nolan, que llegué esta misma mañana. Le había dicho a Cristina que no estaba para nadie porque necesito solventar un asunto urgente.

—¿De veras? —ironizó Rick, echándose el sombrero hacia atrás—. Pues oiga esto. Yo también tengo un asunto urgente que ventilar con usted.

—Oh, sí, naturalmente —admitió Samuel Gaggenhein pellizcándose la nariz—. Pero ¿sabe usted? Tendrá que esperar unos

días. Dos o tres a lo sumo.

Rick meneó la cabeza en sentido negativo.

—No, compadre, no puedo esperar más. He perdido ya tres barcos que me hubiesen llevado a mi país. El sol de ustedes me está haciendo andar demasiado, pero usted es peor que el sol. Me prometió dos mil machacantes por aquel trabajo que le hice y yo cumplí.

—Eso es verdad, señor Nolan, pero... la verdad es que no puedo disponer de esos dos mil ahora.

—Qué lástima.

—Pero le prometo que dentro de unos días, pongamos el sábado, usted tendrá lo que le pertenece.

Rick enseñó los dientes.

—Sería estupendo para usted. Yo me largo ahora confiado y el sábado me dirá que el martes de la semana que viene, el martes lo demorará al jueves. Todo eso, claro está, si es que tengo oportunidad de volver a verle. No, compañero. Usted me va a escupir ahora los dos mil.

El color empezó a huir de las mejillas de Samuel Gaggenhein.

—Le he dado mi palabra de honor —murmuró con voz opaca.

—Su palabra de honor... —desdeñó Rick—. Usted no sabe lo que es eso. Si lo supiera, me habría pagado ya lo que me debe. Está al corriente de que me jugué el pellejo. ¿Qué le parece? Dos mil dólares por una vida. Quizá usted rezase para que una bala se me incrustase en la cabeza. Pero tuve suerte y salí ileso. Ahora vengo por lo mío.

Samuel se clavó las uñas en las palmas de las manos e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Está bien, Nolan. Le voy a dar los dos mil.

—De acuerdo, pague.

Samuel sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente. Luego tiró de un cajón con la mano izquierda, metió la derecha con que sujetaba el pañuelo y en ese instante Rick se abalanzó sobre él y le aferró la muñeca.

Gaggenhein dio un tirón con lo cual quedó al descubierto una pistola automática calibre 32.

Rick le dobló el brazo hacia atrás y se lo retorció sin piedad. Samuel lanzó un agudo grito de dolor y abrió la mano dejando caer

la pistola sobre la gruesa alfombra. Luego Nolan lo cogió por las solapas de la chaqueta y lo empujó contra la pared. Sin darle tiempo a respirar le abofeteó una y otra vez con todas sus fuerzas.

—¡Condenado puerco! Quería jugármela, ¿eh?

Samuel le miró con ojos aterrorizados.

—Ha sido una mala idea mía, pero sólo pretendía intimidarlo. Palabra que no hubiese disparado contra usted.

—¡Maldito sea! Iba a matarme a sangre fría. Por eso sacó el pañuelo, para no dejar huellas en la pistola. Pensaba ponerme el arma en la mano para aparentar un suicidio. Usted tiene buenos amigos entre la policía y le hubiese sido fácil demostrar que no tenía nada que ver con mi muerte. En mi cartera no hubiesen encontrado un solo dólar y habrían sacado a relucir el cuento de siempre. Yo estaba desesperado y preferí acabar de una vez levantándome la tapa de los sesos.

—Está en un error, señor Nolan.

Rick le golpeó otra vez con el puño cerrado en el mentón y Gaggenhein estuvo a punto de desvanecerse, pero Nolan lo sostuvo con fuerza y lo sacudió de un lado a otro.

—¿Me va a pagar los dos mil o prefiere cobrar un poco más?

Los labios de Samuel apenas se movieron, pero Rick pudo oír perfectamente lo que dijo:

—Le pagaré, señor Nolan.

Rick cogió la pistola del suelo y apuntó a Samuel.

—Ande, muévase aprisa.

Gaggenhein soltó un escupitajo de sangre y saliva y abrió el cajón de la derecha, del que sacó una caja. Abrió ésta con una pequeña llavecita y Rick vio asombrado que en el interior había más de cinco mil dólares.

—Es usted un cerdo inmundo.

Gaggenhein sacó dos fajos de billetes y después de contarlos se los alargó a Rick, el cual los hizo desaparecer en el bolsillo de la chaqueta.

—Estupendo, Sam. Ahora estamos a la par. Será mejor que se olvide de mi nombre. Yo tampoco quiero saber nada de usted. Me dan asco los tipos que no saben quedar como hombres.

Empezó a retroceder llevando la pistola en la mano. Al llegar al lado de la puerta quitó el cargador al arma y se aseguró de que no

quedaba ningún proyectil en la recámara. Luego tiró la automática en la alfombra.

—Adiós, señor Gaggenhein. He tenido mucho gusto en saludarle al regreso de su viaje. Abrió la puerta y salió fuera. Vio a Cristina, la secretaria de Samuel, que estaba mirándole con las cejas enarcadas.

Rick se acercó a ella.

—¿Qué le ha hecho? —preguntó la rubia.

—Desgraciadamente su jefe continúa viviendo, preciosidad. — Rick distendió los labios en una sonrisa—. Y, ahora que recuerdo, usted también me debe algo.

La joven se echó hacia atrás.

—¿El qué, señor Nolan?

—Me ha estado engañando todos estos días con esa historia del viaje de su jefe.

—No tenía más remedio que hacerlo.

—Claro que sí. Usted tiene un alto sentido de la fidelidad. Pero sigue debiéndome algo. Rick la asió fuertemente por los brazos, la levantó como una pluma por encima de la máquina de escribir, y apretándola contra su cuerpo unió su boca a la de ella.

La joven no ofreció la menor resistencia. Luego, Nolan la dejó en el suelo y se encaminó hacia la puerta. Antes de salir volvió la cabeza y dijo:

—Ahora estoy a la par con los dos. Buena suerte, ricura.

Hizo un saludo con la mano y abandonó definitivamente la oficina.

Cuando salió a la calle sacó el fajo de billetes y los contó. No faltaba ninguno. Allí estaban sus dos mil dólares. Le había costado trabajo conseguirlos y por ello pondría cuidado que nadie se los birlase. Ahora los guardó en el bolsillo interior de la chaqueta y siguió caminando.

De pronto se acordó de que el *Royal* zarparía para Estados Unidos a las seis de la tarde. Consultó su reloj. Eran las doce de la mañana. Se llegaría en un instante a las oficinas de viajes y sacaría un pasaje. Tendría tiempo de comer tranquilamente, de beber unos cuantos *whiskys* y de despedirse de la isla Trinidad en compañía de alguna chica bonita.

Una hora más tarde tenía en su cartera un pasaje de primera

clase para Nueva Orleáns.

Aunque el *Royal* seguía hasta Nueva York, se había decidido por la capital de Luisiana recordando que en el *Vieu Carreu* encontraría a más de un amigo, con lo cual tendría la posibilidad también de encontrar algún trabajo remunerador.

Comió en un restaurante que encontró en el camino de regreso al hotel, y una vez en éste, empezó a hacer su maleta.

Se hallaba en plena tarea buscando un hueco en la valija para meter un montón de corbatas, cuando de pronto oyó abrirse la puerta del apartamento y una voz femenina exclamó:

—¡Johnny! ¿Estás ahí, Johnny?

Rick Nolan frunció el ceño, y poniéndose las corbatas descuidadamente alrededor del cuello, salió de su dormitorio al *living room*.

Se detuvo al propio tiempo que lo hacía la joven más hermosa que le había sido posible contemplar en su vida. Era esbelta, morena, de cara redonda, ojos grandes de un azul intenso, y labios del color de la salsa de tomate.

Cubría el curvilíneo cuerpo con un vestido vaporoso de algún tejido tropical que mostraba unos brazos entre los que Rick deseó al instante ser estrangulado.

—¡Oh! —exclamó la bella enarcando las cejas y haciendo un mohín—. ¿Qué hace usted aquí?

Rick terminó el examen de la fémina con todos los pronunciamientos favorables, y declaró:

—Soy vendedor de corbatas y se me ocurrió entrar aquí para ofrecer mi mercancía.

Ella se quedó perpleja al pronto, pero al ver la sonrisa de él conminó con los ojos chispeantes:

—¡Salga del apartamento inmediatamente si no quiere que avise a la dirección!

—¿Por qué se pone así? Hagamos amistad antes y proceda luego como quiera.

—¡Es usted un fresco!

Rick la miró preocupado y preguntó:

—¿Sabe una cosa?

—¿Qué?

—Hasta ahora he podido comprobar que la mujer más bonita se

ponía fea cuando expresaba su mal humor, pero con usted no ocurre eso. ¿De qué pasta está usted hecha, cariño?

La sangre se agolpó en el rostro femenino.

—Es usted un impertinente, señor...

—Nolan, Rick Nolan, pero usted puede llamarme Rick o con cualquier apelativo más afectuoso.

La joven apretó los labios con firmeza y se dirigió a la mesa ratona sobre la que descansaba el teléfono.

—No haga eso, encanto —advirtió Rick cruzándose de brazos.

—¿No? ¿Es que también se cree con derecho para imponerme esa prohibición? Rick se sentó en el borde de un sillón y repuso:

—Le quiero ahorrar a usted molestias, preciosa.

—¿Sabe lo que es usted? ¡Un cínico! Me lo encuentro en el apartamento de Johnny y aún no se ha excusado razonablemente.

La hermosa desconocida hizo un gesto brusco y levantó el micro.

—¿Le parece que es buena disculpa —preguntó Rick— la de que me encuentro aquí porque estoy pagando este apartamento con mi dinero?

La airada morena se quedó mirando fijamente a Rick y depositó el aparato en su soporte.

—¿Qué dice? —balbució.

—¡Ajá! —murmuró él haciendo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Quiere decir que éste es su apartamento? —La muchacha tragó saliva.

—Puede usted llamar y comprobarlo.

Ella dio media vuelta rápidamente, fue hacia la puerta y la abrió de un tirón para examinar el número que había fijo en ella.

—¡Santo cielo! —exclamó.

—Ochenta y tres, cuarta planta —dijo él.

—Johnny está en la ciento cinco, quinta planta —repuso ella volviéndose hacia él—. Debe ser exactamente encima de su apartamento... Por eso me equivoqué.

Rick se enderezó sonriendo.

—No tiene importancia, olvídelo.

La joven hizo un gesto compungido.

—Temo que he hecho el mayor ridículo de mi vida.

—¡Pamplinas!

—Y hasta lo he ofendido a usted —agregó con expresión contrita.

—Eso tiene fácil solución. Usted toma dos copas conmigo y le doy mi palabra de que la perdono.

La morena esbozó una sonrisa.

—Es usted muy amable, pero no puedo aceptar.

—¿Por qué no? —replicó él, y de repente recordó algo—. Ah, sí, se refiere a ese Johnny que entró buscando aquí. ¿Su esposo?

—No.

—Menos mal —dijo él dando un suspiro—. En tal caso, sea lo que sea de usted, puede darle esquinazo. ¿Sabe una cosa? Dentro de unas horas me marchó de Trinidad, vuelvo a nuestro país. Eso será una ventaja para usted. Mi buque sale a las seis. ¿De dónde es, monada?

—De Los Ángeles.

—Estupendo. Yo he vivido un par de años allí, y apuesto a que usted no sabe muchas cosas de su propia ciudad. Prometo contarle chismes que la distraerán. ¿Cómo se llama?

—Shere Craig.

—Shere —repitió él acariciando las sílabas—. Es un nombre original.

—Pero Johnny me está esperando.

—Cuando yo me haya marchado, usted podrá dedicar el resto de su vida a su Johnny. Sólo quiero un par de horas —Rick sonrió—. ¿O es que quiere que llame al detective del hotel y le diga que trataba usted de limpiarme la cartera?

Shere sonrió.

—Es usted muy persuasivo, señor Nolan. Creo que no tendré más remedio que aceptar para librarme de las esposas.

—¡Estupendo! —exclamó Rick—. En un instante termino de hacer la maleta y nos vamos.

—Oh, no quisiera que me viesen salir con usted —opuso ella; y luego, tras humedecerse los labios con la punta de la rosada lengua, aclaró—: Ya sabe, por Johnny.

—Está bien. ¿Dónde me espera?

—¿Conoce el Búho?

—No.

—Es un bar que hay cerca del puerto. Lo he visitado un par de

veces y fue de mi gusto. Es un buen lugar, y además lo cogerá a usted cerca de su buque.

—¡Magnífico! ¿Le parece bien dentro de media hora?

—Muy bien, señor Nolan. Le espero allí —dijo Shere, y salió cerrando tras de sí.

CAPÍTULO II

Cuando ella se hubo marchado, Rick quedó inmóvil, como si hubiese visto una visión, y de pronto, razonando, se introdujo en el dormitorio, metió las corbatas de cualquier forma en la maleta, y tras examinar los armarios para cerciorarse de que no se olvidaba de nada, cerró aquélla y la llevó al *living room*. Luego, abandonó el apartamento y bajó en el ascensor.

En el *comptoir* saldó su cuenta y dejó encargado que transportasen su maleta al *Royal*, para lo cual dio el número de su camarote.

Salió del hotel, metióse en un taxi y dio al conductor la dirección de el Búho. Era éste un establecimiento similar a otros muchos de su especie. Se componía de un mostrador con taburetes, una sala con mesas y sillas y un corredor al fondo, a uno de cuyos lados había hasta media docena de reservados.

Rick no vio a Shere Craig, y temió al pronto que la joven le hubiese tomado el pelo, pero cuando empezaba a maldecir su suerte, un hombre se le acercó por el otro lado del mostrador y le anunció:

—Ella le espera en la tercera puerta.

Nolan vio una cara adiposa que le sonreía y no esperó a oír más, porque inmediatamente se puso en camino hacia los reservados.

Al abrir la tercera puerta la vio sentada con la cara vuelta hacia él y los rojos labios entreabiertos.

—Me dio un gran susto —dijo él sonriendo.

—¿Por qué? —Hizo un mohín ella.

—Pensé que al fin se había decidido por su Johnny.

—Por favor, no me lo recuerde.

Ella estaba sentada en un banco de madera y él lo hizo a su

lado, mirándola y arrugando el entrecejo.

—¿Quién es Johnny?

—Oh, dejemos eso. Usted prometió hablarme de Los Ángeles.

—¿Sabe usted que es una mujer enigmática?

—No dé rienda suelta a su fantasía. Si usted conociese en realidad mi vida, admitiría que es de lo más prosaica.

—Estoy dispuesto a escucharla hasta que mi barco dé el último pitido.

En aquel instante llamaron a la puerta suavemente, y cuando Rick dio autorización para entrar, apareció un mozo de largas patillas y piel cetrina.

—¿Qué va a tomar? —preguntó Nolan a la joven.

—*Whisky*.

—Dos *whiskys* dobles sin soda —dijo Rick.

El mozo se retiró para complimentar el servicio.

—¿A qué se dedica usted, Rick? —preguntó Shere antes de que pudiese él decir nada.

—Hago de todo un poco.

—¿Aventurero?

—Bueno, unos lo llaman así; yo prefiero el nombre de soldado de fortuna.

—¿Qué es un soldado de fortuna?

—¿De veras no lo sabe? —Y al ver que ella negaba con la cabeza dio un suspiro y prosiguió—: En realidad todo el mundo cree que esa especie se ha extinguido. Se llamaba así en la Edad Media a los hombres que, nacidos bajo una bandera, iban a ofrecer sus servicios como guerreros a reyes o príncipes extranjeros. César Borgia fue un soldado de fortuna y él, a su vez tuvo a su mando a muchos miles de ellos. Luego, cuando llegó la Edad Moderna y se fueron constituyendo con base firme los Estados, los soldados de fortuna encontraron cada vez menos campo para sus empresas, pero, pese a todo, siempre existieron, y siguen existiendo aún en nuestros días. De acuerdo con el antiguo criterio, son soldados de fortuna los hombres que se alistan en la Legión Extranjera francesa, o en la española; pero por extensión, también somos considerados como tales los que, lejos de nuestro país de origen, arrendamos nuestros cerebros y nuestros músculos por un precio a cualquier individuo o empresa privada para llevar a cabo una acción peligrosa.

—¿Es posible que exista una profesión así? —inquirió Shere fascinada. Rick Nolan sonrió.

—No tengas dudas a ese respecto. Existe con todas sus consecuencias.

El mozo entró en el reservado y dejó sobre la mesa los dos *whiskys* dobles. Rick pagó el importe añadiendo una buena propina. Bebieron un largo trago en silencio.

—Prosiga su explicación, por favor —murmuró la joven.

—Nosotros somos tan necesarios como la policía lo es en una ciudad. No conocemos fronteras. A ese respecto somos vulgares ciudadanos del mundo. Nuestro trabajo es absolutamente particular, privado. Hombres de negocios, firmas que capitalizan muchos millones, necesitan a veces la cooperación de individuos para realizar un fin determinado que ellos mismos, a pesar de su prestigio, no pueden llevar a cabo. Por ejemplo, conseguir de un jeque del desierto de Arabia su autorización para que una sociedad petrolífera explore el subsuelo en que él gobierna. Esta misión es confiada a un soldado de fortuna. Naturalmente las empresas competidoras contratan también a sus hombres, y entonces surge una lucha en la que juega el arrojo, el ingenio y la habilidad de los contendientes.

—Voy comprendiendo, Rick. —Hizo una pausa mientras escrutaba el rostro atezado del hombre que tenía delante de ella, y preguntó—: ¿No le cansa esa vida?

Rick encogió un hombro.

—A veces siente uno nostalgia de la patria cuando la ausencia de ella se prolonga mucho. Me ha ocurrido a mí. Pero la emoción de la aventura es tan fuerte que sin darse uno cuenta se mete en un lío cuando apenas ha tenido tiempo para respirar, o bien...

—¿O bien?

—Uno tiene la suerte de encontrar a una mujer que le hace olvidar esa tristeza.

Al decir estas palabras Rick puso su mano sobre la de la joven. Ella no la retiró. Quedáronse mirando durante un rato y de pronto la muchacha indicó:

—Recuerde que ha de marcharse en ese barco.

—¿Está segura de ello?

Shere parpadeó unos instantes y luego dijo muy seria:

—Abandone esa idea. —Su rostro adquirió un tono grave—. Debe regresar a Estados Unidos.

—¿Teme que me interponga entre Johnny y usted?

Shere se mordió el labio inferior dubitativamente y luego admitió:

—Quizá sea eso.

Retiró sus ojos de los de él y bebió otro trago de *whisky*.

—¿No tiene familia, Rick? —preguntó más tarde, cuando ambos fumaban.

—No —Rick sonrió—. ¿Y usted, Shere? Ya conoce casi todo respecto a mí. Pido una compensación.

—Lo mío es tan vulgar que no vale la pena contarlo.

—¿De dónde es?

—De Chicago, pero marché muy pequeña a Los Ángeles.

—¿Padres?

—No.

—¿Johnny es acaso su hermano?

—Digamos que es una especie de pariente.

—¿Qué hace en Trinidad?

Shere abrió la boca como si fuese a contestar y de súbito consultó el reloj de su muñeca y se levantó bruscamente.

—¡Santo cielo! Se me había olvidado.

—¿El qué?

—He de telefonear.

El se puso también en pie para acompañarla, pero ella dijo resueltamente:

—No es necesario que se moleste. Vengo en seguida, Rick. Rick le sonrió mientras abría la puerta.

—Está bien, pero no tarde mucho. Los minutos me parecerán horas.

La joven volvió la cara desde el corredor y se quedó unos instantes inmóvil, mirándolo. Finalmente hizo un asentimiento con la cabeza y se dirigió hacia el fondo del local donde estaba la cabina telefónica.

Rick cerró la puerta y fue a sentarse otra vez en el banco. Bebió un trago de *whisky* y luego empezó a tararear una canción napolitana. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y cuando se cansó de cantar se puso a tablear con los dedos en la mesa.

Entretanto, habían transcurrido quince minutos desde que Shere abandonó el reservado. Poco a poco fue sintiendo un extraño presentimiento. Se levantó y abrió la puerta de golpe saliendo fuera. Al llegar a la cabina telefónica la vio ocupada por un hombre de cabello de estopa y nariz bulbosa. No había rastro de Shere por ninguna parte. Se dirigió hacia el hombre de cara grasienta que le había avisado que ella le estaba esperando cuando llegó al local.

—¿Dónde está?

—¿Quién, señor? —preguntó el otro.

—La chica que estaba conmigo.

—Oh, se marchó. Al parecer tenía mucha prisa. Salió de la cabina y cruzó por ahí sin siquiera soltar un saludo.

—¿Está seguro de que no dejó ningún recado para mí?

—Completamente, señor —afirmó el otro levantando los brazos.

Rick endureció los músculos faciales, pero se quedó todavía allí un rato inmóvil, rumiando su decepción. Finalmente giró sobre sus talones y salió del bar.

Ya en la calle se dio a todos los demonios.

El viento soplaba por la avenida del puerto llenándola de arenilla. Era un aire caliente que achicharraba la piel como si fuese cal viva.

Rick lanzó una maldición y encendió un cigarrillo.

¿Qué podía hacer? Ni siquiera sabía la dirección de aquella chica y allí, muy cerca, le esperaba el *Royal* para trasladarlo a Estados Unidos. ¿Qué sabía, después de todo, de Shere? ¿Qué clase de mujer era ella?

Tiró el cigarrillo cuando apenas lo tenía por la mitad y lo aplastó con el pie, apretándolo con rabia.

Un barco lanzó un pitido de advertencia. Era el *Royal*. En ese instante decidió lo que iba a hacer. Iría a Nueva Orleans. Allí encontraría mujeres, si no tan hermosas como Shere, al menos no tan complicadas.

Dio media vuelta y con las manos en los bolsillos echó a andar hacia donde se encontraba su barco. Minutos más tarde subía la escalerilla y encaminóse directamente a su camarote. Una vez en él, se quitó la chaqueta, aflojó el nudo de la corbata y se tendió en la litera. Las paredes metálicas trepidaban con el ruido de las máquinas. Permaneció en aquella actitud durante media hora.

La imagen de Shere Craig ocupó de nuevo su mente. No le gustó, y levantóse y empezó a pasear por el reducido espacio libre del camarote. Terminó por detenerse ante el ojo de buey y miró hacia el paseo de palmeras con la ciudad al fondo. En algún lugar de ella se encontraba Shere. Soltó otra imprecación por acordarse de nuevo de aquel nombre que quería desterrar de su imaginación.

De pronto se abrió la puerta de golpe y él giró la cabeza.

En el hueco había un hombre con un traje blanco y sombrero panamá. Habría cumplido los cuarenta años y era alto, de rostro grave, bigote rubio y ojos de mirada cansina.

—¿Señor Nolan? —murmuró despaciosamente, como si con aquel terrible calor le costase trabajo mover los labios.

—Sí, yo soy Rick Nolan. ¿Qué ocurre?

El hombre entró en el camarote y cerró a sus espaldas. Empezó a echar una ojeada a todo mientras sacaba un pañuelo y se enjugaba el sudor de la cara y del cuello.

—Es una lástima —murmuró.

—¿El qué es una lástima? —preguntó Rick cada vez más perplejo. Su visitante lo miró con ojos de camero degollado y dijo:

—Que usted haya gastado unos dólares para adquirir este pasaje.

—Es usted un tipo gracioso. ¿Pensaba que me iban a dejar viajar gratis?

—No me he explicado bien, señor Nolan, pero el caso es que, sintiéndolo mucho, tiene usted que suspender su viaje.

Rick Nolan entrecerró los ojos mirando al hombre del traje blanco y de pronto creyó darse cuenta de lo que allí ocurría.

—Gaggenhein, ¿eh?

El otro enarcó las cejas.

—Acertó usted.

—De modo que, así están las cosas. He sido un estúpido. Debí suponer que no me iba a resultar tan fácil salir de esta condenada isla. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Es usted de la policía?

Su interlocutor sacó una cartera y la abrió, extrayendo una tarjeta de identificación en la que aparecía su foto y su nombre: «Inspector Sidney Warden».

Rick sacudió la cabeza, comentando:

—Siempre he creído que la policía inglesa se cuida de

comprobar una denuncia antes de detener a la persona contra la que va dirigida. ¿Qué ha ocurrido en este caso, señor Warden? ¿Es que ha bastado que el señor Gaggenhein me haya acusado de robo para que ustedes se consideren con derecho para suspender el viaje de un súbdito de Estados Unidos?

El inspector Warden soltó una risita y volvió a enjugarse el rostro con el pañuelo.

—Será mejor que salgamos fuera. Esto es un verdadero horno. Y lleve su equipaje, por favor.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió.

Rick no se había movido del sitio.

—Aún no ha contestado a mi pregunta, inspector. Warden volvió la cara, y aclaró:

—El cargo no es de robo, señor Nolan. Se trata de un asesinato.

Nolan quedó sin habla abriendo cada vez más los ojos. Entonces el inspector añadió:

—Y la víctima es el señor Gaggenhein. ¿Tendrá la amabilidad de venir conmigo, señor Nolan?

CAPÍTULO III

El inspector Warden colgó su sombrero en una percha, dio la vuelta a una mesa y sentóse en un sillón giratorio que gimió bajo su peso. Luego, se quedó mirando a Rick Nolan que estaba de pie frente a él, con la maleta en la mano.

—¿Quiere sentarse, señor Nolan?

El joven dejó su valija en el suelo y ocupó una silla color miel. Se encontraba en el despacho del inspector, en el edificio Je la comisaría de policía de Trinidad. Habían hecho el viaje desde el puerto hasta allí en un viejo «Rolls-Royce» descapotable, conducido por un hombre huesudo, de cabeza pequeña, vestido con un traje que le venía demasiado grande, el cual se encontraba ahora junto a la puerta, silencioso.

El inspector Warden se pasó por enésima vez el pañuelo por la sudorosa frente, e hizo una señal con la cabeza a su subordinado.

El larguirucho policía se dirigió a un armario, abriólo y de su interior extrajo cuatro grandes limones. Luego sacó una navaja, y fue cortándolos por la mitad. Se proveyó de un vaso, y dedicóse a la operación de sacar el jugo al fruto en un exprimidor. Cuando el vaso estuvo lleno, pasó junto a Nolan y fue a otro rincón, donde había una nevera.

Rick no volvió la cabeza, pero oyó el
glu-glu

que producía el hielo al ser introducido en el refresco.

Finalmente, el policía entregó el vaso a su superior.

Warden contempló al trasluz la limonada, y tras chasquear la lengua bebió un largo sorbo.

El escuálido regresó a la puerta y quedóse inmóvil.

Warden clavó la mirada en el rostro de Rick Nolan, que apenas

se había movido hasta entonces, y emitió un suspiro.

—Este clima me está matando. Llevo aquí seis meses y ya lo ve usted. Pesaba ochenta kilos cuando desembarqué del vapor que me trajo de Londres. He perdido lo menos diez kilos.

Rick no tenía nada que decir a eso, y lo único que hizo fue encender un cigarrillo.

—¿Cómo lo hizo, señor Nolan? —preguntó. Rick lanzó una bocanada de humo y retrucó:

—¿Cómo hice qué?

—Naturalmente, me estoy refiriendo a la muerte de Gaggenhein.

—No tengo la más ligera idea de eso, inspector. Es como si me hablase en chino. Warden soltó una risita.

—Usted iba todos los días a su oficina. Al parecer necesitaba verle urgentemente. Por fin se pudo entrevistar hoy con él, a mediodía. Poco después, Gaggenhein es asesinado y usted pretende marcharse a Nueva Orleans.

—¿Y qué?

—Sume dos más dos y verá como el resultado es cuatro.

—Escuche, amigo —exhortó pacientemente Rick—. No estoy muy fuerte en matemáticas. Por esa causa creí a un amigo cierta vez, cuando me dijo que a veces dos más dos podían ser cinco. No lo comprendí entonces, pero ahora veo que estaba en lo cierto.

—Convénzame a mí también —replicó Warden echándose otra vez hacia atrás.

—Admito que he frecuentado la oficina de Gaggenhein durante esta semana. Exactamente he ido por allí una vez por día. Su secretaria, una cubanita de aspecto muy saludable, me ha estado diciendo durante este tiempo que su patrón estaba de viaje. Al fin me cansé hoy y decidí ver a Gaggenhein pese a sus trucos. Tenía el presentimiento de que su ausencia era solamente una excusa. Di en la diana, inspector. Gaggenhein y yo hablamos un rato, y puedo decirle que nuestros asuntos comerciales quedaron completamente zanjados.

—¿Qué clase de asuntos?

—Me debía dos mil dólares por un trabajo que había realizado por su cuenta, y se los pedí con buenos modos. Trató de jugarme sucio. Sacó una pistola, pero yo no le dejé despacharse a gusto. Le quité el arma, y le obligué a que me pagase los dos mil del ala.

Conseguido lo cual, me marché con viento fresco.

—Ésa es su historia —comentó Warden.

—Es la pura verdad.

—Déjeme que yo le cuente otra.

—No se quede por mí con las ganas. Suéltela.

—No me importa por qué concepto le debía a usted el señor Gaggenhein dos mil dólares. Admito como buena la existencia de esa deuda, y también estoy dispuesto a admitir que él trataba de evitarse el pago. Usted disputó con él, pero no consiguió ablandarlo. Hasta es posible que usted insultase a Gaggenhein en el calor de la discusión, y que él lo echase de su oficina amenazándole con una pistola. Usted se marchó entonces, pero se quedó muy cerca de la casa. Poco después vio salir a la señorita Larios.

—¿La cubanita?

—Sí. Entonces volvió a entrar en aquella casa y se metió en la oficina de Gaggenhein. Probablemente usted obró con mucha rapidez, y esta vez no fue Gaggenhein el primero en apoderarse de la pistola. Usted le disparó a quemarropa. Su deudor recibió el balazo en el corazón, muriendo en el acto. Inmediatamente usted buscó en la mesa, en los cajones, y finalmente halló una caja y se apoderó de su contenido, unos dos mil quinientos dólares.

Los ojos de Nolan relampaguearon.

—Usted ha compuesto ese cuento con ayuda de alguien, inspector.

—¿Por qué?

—Porque habría resultado incompleto dejando volar únicamente su imaginación. Alguien le ha debido decir que en la caja había dos mil quinientos dólares.

—La señorita Larios nos ha prestado su ayuda a ese respecto.

—¿Cuánto dinero encontraron en los bolsillos del cadáver?

—Siete dólares, una libra, cinco chelines y dos peniques.

—Ahí está el fallo.

—¿A qué se refiere, señor Nolan?

—Cuando Gaggenhein abrió la caja para pagarme, vi dentro no menos de cinco mil dólares. Por tanto, tenían que haber tres mil, siendo así que no los hallaron encima del muerto.

Warden miró al interior del vaso e hizo un gesto de contrariedad al ver que solamente le quedaban dos dedos de limonada. Luego,

miró a Rick.

—Según eso, ¿usted no mató a Gaggenhein?

—Era un mal bicho; pero yo no lo exterminé.

Transcurrió un minuto sin que ninguno de Jos hombres que se encontraban en aquella calurosa habitación pronunciase palabra alguna. De pronto llamaron a la puerta, y el policía flaco abrió.

Warden levantó la mirada, y al ver al hombre que había en el hueco, un tipo rechoncho, de cabeza grande y ojos saltones, murmuró:

—Oh, ¿es usted, Kelpis? Venga acá. ¿Qué hay de nuevo?

Kelpis se introdujo en la habitación y dio la vuelta a la mesa hasta hallarse cerca de Warden. Empezó a cuchichear al tiempo que le mostraba unos papeles que tenía en la mano.

El inspector movió la cabeza en sentido afirmativo y finalmente Kelpis se marchó dejando su muestrario encima de la mesa.

Warden esperó a que se cerrase la puerta, y entonces volvió los ojos hacia Rick.

—Las cosas se le han complicado, señor Nolan.

—Vaya al grano.

—Usted dejó muchas huellas de su paso por la oficina de Gaggenhein.

—Es posible. Ya le he dicho que he ido muchos días por allí. Habrá encontrado mis huellas dactilares en la oficina de la cubanita, e incluso en el despacho de Gaggenhein. Cuando voy de visita no tengo la costumbre de dedicar unos minutos a limpiar con el pañuelo los lugares donde he puesto las manos.

Warden sacudió la cabeza y dijo, con voz carente de emoción:

—Pero es que da la casualidad, señor Nolan, de que sus huellas, además de encontrarse en los lugares que usted indicó, están también en la pistola con que Gaggenhein fue asesinado.

Rick sintió un escalofrío por la espalda, a pesar del enorme calor reinante en la habitación.

De pronto recordó con nitidez el momento en que se apoderó de la pistola del agente consignatario y se dirigió con ella hacia la puerta.

No había previsto ulteriores consecuencias y la había vuelto a arrojar sobre la alfombra, sin preocuparse de las huellas que dejaba en ella. Tragó saliva y manifestó:

—Ya le he dicho antes lo que ocurrió en el despacho. Le quité la pistola a Gaggenhein; pero recuerdo perfectamente que la despojé del cargador...

No llegó a terminar la frase al darse cuenta del error que estaba cometiendo.

—Perfecto, señor Nolan —aprobó Warden—. Yo terminaré por usted. El único punto oscuro en la historia era el que se refería a su nueva irrupción en la oficina después de haberse marchado la señorita Larios. Usted no ignoraba que Gaggenhein tenía una pistola, pero sabiéndola descargada, ya no podía temer que le pudiese hacer daño. Usted volvió a entrar en el despacho y le bastó la fuerza de sus puños para desembarazarse provisionalmente de Gaggenhein. Luego, cogió la pistola y la cargó de nuevo. Así se explica el que el cadáver tuviese un hematoma en el mentón.

—Se lo produje yo cuando luché con él por la posesión de la automática.

Warden bebió el último trago del refresco, y el estático policía que había junto a la puerta se acercó a la mesa, tomó el vaso, y fue a depositarlo encima de la nevera, junto a otros que habían sido ya empleados.

Nolan aplastó la humeante colilla del cigarro en un cenicero, y miró duramente al inspector.

—Ya sé que con arreglo al plan que usted se ha trazado, yo encajo perfectamente como autor de ese crimen; pero aunque los indicios parecen señalarme a mí, lamento defraudarle, porque no soy el asesino.

—Son algo más que indicios, señor Nolan. Su historia es muy semejante a la mía. Sólo discrepamos en cuanto al detalle, y tenga en cuenta que, a este respecto, la prueba de la pistola con sus huellas no deja lugar a dudas.

—¡Y un cuerno! —exclamó Rick—. Yo le demostraré que no pude matar a Gaggenhein.

—Me gustaría saber de qué forma lo va a conseguir.

—Una vez abandoné la oficina con los dos mil dólares, me encaminé a la naviera Coll Brothers, donde adquirí un pasaje de primera clase para Nueva Orleans. Es un dato que usted puede fácilmente comprobar. De allí me dirigí al restaurante Los Cingaleses. Me atendió un mozo llamado Zarak. Desde el

restaurante volví al hotel para preparar mi maleta, y finalmente pasé el resto de la tarde, antes de subir al barco, con una muchacha llamada Shere Craig, en El Búho, un bar cercano al puerto.

—No será necesario que usted pruebe su coartada completa. Es una facilidad que le voy a dar, señor Nolan.

—No le comprendo.

—Lo entenderá en seguida. Gaggenhein fue muerto a las cinco y doce minutos de esta tarde. Una mujer que se encontraba trabajando en una oficina adyacente a la de la víctima oyó claramente el disparo y luego el ruido de un cuerpo que caía. Es una solterona de cincuenta años con un buen oído. También es muy valerosa, e inmediatamente se levantó de su mesa, abrió la puerta que comunicaba con el corredor, y en ese momento vio que desaparecían las piernas de un hombre por la escalera. Salió al pasillo, y se quedó perpleja al descubrir que la puerta de acceso a las oficinas de Gaggenhein se hallaba abierta. Llamó a la señorita Larios fuerte, pero no recibió respuesta. Entonces penetró en el interior sin encontrar a la joven. La puerta del despacho de Gaggenhein estaba a medio cerrar y fue allá, la empujó, y se encontró con el cadáver. Salió dando gritos e inmediatamente acudieron algunos hombres que pretendieron coger al asesino, pero cuando llegaron a la calle no vieron rastro de él. Nosotros llegamos cinco minutos más tarde con el doctor, y éste certificó, a la vista de la herida, que Gaggenhein había recibido el disparo apenas hacía quince minutos. ¿Se da cuenta, señor Nolan? Supongo que le será la mar de sencillo demostrarme que usted no ha podido estar en la oficina de Gaggenhein, a las cinco y doce de esta tarde.

—Ya le he dicho que me encontraba con esa joven, Shere Craig, en El Búho.

—Muy bien. Dígame la dirección de esa señorita.

—No la sé.

Hubo un silencio.

—¿Entonces...? —murmuró Warden.

—Espere... conocí a esa joven en el hotel poco antes de marcharme. Entró en mi apartamento por confusión, creyendo encontrar allí a un tal Johnny. Me dijo que él estaba hospedado en el apartamento 105, quinta planta.

Warden hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y descolgó

el teléfono. Pidió a la señorita que le pusiese en comunicación con el número del hotel Saford, y tras esperar unos instantes empezó a hablar:

—Oiga, ¿dirección del Saford? Aquí el inspector Warden, de la comisaría de policía.

¿Me quiere dar el nombre del huésped que ocupa el apartamento 105, quinta planta?...

¿Cómo dice?... ¿Desde cuándo?... Bien, muchas gracias. —Warden colgó y quedóse mirando a Rick—. El apartamento 105 de la quinta planta del hotel Saford está desocupado desde hace exactamente quince días, señor Nolan.

Rick encajó la noticia endureciendo el rostro. En su mente se agolparon las ideas confusamente.

¿Qué ocurría allí? Algo no marchaba bien.

—Escuche, inspector. Le repito que esa joven entró en mi habitación y que media hora más tarde, sobre las cinco, me encontré con ella en El Búho.

—Y supongo que la visita sería completamente de incógnito, quiero decir que nadie les vería entrar ni salir.

—Ella ya estaba allí cuando yo llegué. Un tipo grasiento que estaba tras el mostrador me indicó que la joven me estaba esperando en el reservado número tres, y un mozo patilludo nos sirvió dos *whiskys* dobles. La muchacha y yo hablamos un rato, y luego ella dijo que tenía necesidad de telefonear. Salió, pero ya no volvió a entrar. Esperé unos quince minutos y cuando perdida la paciencia salí fuera, Shere Craig no estaba ya en el local. Pregunté al gerente por ella y me dijo que se había marchado sin despedirse.

—Está bien, señor Nolan. Iremos a El Búho —Warden hizo una pausa—. Pero recuerde que con ello agota su última posibilidad.

Rick se le quedó mirando unos instantes, inmóvil, y finalmente meneó la cabeza de arriba abajo, comprendiendo lo que el inspector quería decir.

CAPÍTULO IV

Hicieron el viaje hasta El Búho en el mismo «Rolls Royce». Warden y Rick ocuparon los asientos traseros y Bill, el policía silencioso, el del volante. Llegados ante el establecimiento, Bill saltó ágilmente y abrió la portezuela para que descendiesen Nolan y el inspector.

Luego dejaron que Rick fuese el primero en pasar al interior del local. El joven vio con satisfacción que el tipo grasiento continuaba en el mostrador. Acercáronse y él vino hacia ellos secándose las manos con un delantal.

—¿Qué van a tomar los señores? —preguntó. Rick frunció el ceño e inquirió:

—¿Ha vuelto a ver a la chica?

El interpelado parpadeó unas cuantas veces.

—¿La chica? —repitió—. ¿Qué chica?

—La que usted dijo que me estaba esperando en el reservado número tres, la que salió sola para hablar por teléfono, la que se marchó precipitadamente sin dirigirle siquiera un saludo.

El barman se mantuvo unos instantes inmóvil como si quisiera recordar y finalmente contestó pellizcándose el labio inferior:

—Usted debe estar equivocado, caballero. Quizá eso ocurrió en otro local.

—¿Quiere decir que no me recuerda a mí tampoco?

—No, señor. Si he de serle sincero, apostarí a que es la primera vez que le veo.

Nolan hizo un esfuerzo por contener su impulso de pegar un buen puñetazo en la cara del embustero. Pero en eso vio al camarero de piel cetrina y patilludo que había servido los dos *whiskies* dobles en el reservado.

—¡Eh, oiga! —llamó.

El otro volvió la cabeza enarcando las cejas y al comprobar que se dirigían a él se acercó moviéndose cansinamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Esta tarde estuve aquí con una bonita chica. Nos metimos en el reservado número tres y a usted le correspondió servimos. Le pedí dos *whiskys* dobles.

—¿Está usted seguro? —inquirió el camarero.

Rick ya no tuvo duda de que era objeto de una confabulación. Alguien había comprado el silencio de aquellos dos hombres.

—Quizá lo soñé —rezongó con ira.

—Seguramente debe ser eso —convino el mozo—. Es posible que no le recordase a usted, pero las chicas bonitas son mi especialidad. Hoy ha sido una mala tarde. No hemos tenido una sola de ellas en el local.

Rick daba la espalda a Warden y a Bill. Era su momento y tenía que aprovecharlo. No estaba en su ánimo dejarse meter en una celda de la que probablemente le costaría mucho trabajo salir, si es que lo conseguía.

Sin vacilar un instante aunó sus energías y golpeó con terrible fuerza el estómago del mozo, el cual se encogió y derrumbóse girando como una peonza.

Para entonces ya Rick se había vuelto como una centella y cogiendo a Bill y al inspector Warden de los hombros los impulsó hacia atrás violentamente y corrió hacia la puerta. Cuando cruzaba ésta como un rayo, oyó el estrépito que producían los dos policías al caer sobre mesas y sillas.

Le dio a las piernas y poco después doblaba por la primera transversal. Aún no llevaba un minuto corriendo cuando se percató de que estaba de suerte, ya que se encontraba en el barrio indostánico de Trinidad, de calles estrechas, llenas de vericuetos, donde un hombre podía perderse fácilmente.

Al fin dejó de correr, recobrando poco a poco el aliento, y caminó sin mucha prisa, sorteando tenderetes que los comerciantes indios tenían dispuestos en las calles y que en aquel momento empezaban a recoger por aproximarse la noche. Minutos más tarde cruzaba el patio de una casa y, al no ver a nadie por las cercanías, subió por una estrecha escalera y llamó a una puerta.

Un hombre con turbante en la cabeza, chaleco drapeado que

dejaba al descubierto su velloso pecho, pantalones de dril y babuchas puntiagudas, le abrió, la puerta.

—¡Sidi Nolan!

Rick se metió dentro sin contestar, y el otro cerró la puerta y se volvió con una sonrisa en los labios.

—Le creía camino de Estados Unidos, Sidi Nolan.

—Eso es lo que también yo suponía, pero los hombres, que son la mano de Dios, han decidido otra cosa, Omar.

Omar se acarició la espesa barba que gravitaba de su mentón y sugirió:

—¿No serán más bien las mujeres, Sidi Nolan?

—Creo que tienes razón, Omar. Ha sido realmente una mujer. — Y recordando a Cristina Larios, la secretaria de Gaggenhein, añadió —: O quizá dos.

—Sidi Nolan ha sido poco prudente en sus relaciones con el sexo contrario —comentó Omar—. Eso siempre trae malas consecuencias.

—¿Y si te dijese que esta vez me he visto envuelto en el lío sin que mi voluntad haya jugado un papel importante?

Omar indicó una silla a Rick y éste la ocupó mientras el musulmán lo hacía en otra frente a él.

A continuación Nolan contó al hombre que lo había acogido en su casa la corta historia de su aventura con la policía.

Omar escuchó atentamente el relato y cuando Rick hubo terminado opinó:

—Sidi Nolan está en un gran apuro.

—Estupendo, Omar. Es una gran conclusión y supongo que también dirás que lo único que puede salvarme es dar con la huri que me engañó tan hábilmente en mi hotel y me citó en El Búho.

—Eso no va a ser fácil.

—Escucha, Omar. En este caso hay algo que resulta muy claro. Esos tipos de El Búho han sido pagados por alguien para hacerme polvo la coartada. He venido a tu casa, más que para refugiarme de la policía, para que me traigas a uno de ellos aquí.

—No quiero que nadie muera en mi casa, Sidi Nolan.

—Te prometo que no lo mataré. Sólo pienso someterlo a un delicado tratamiento. Omar permaneció un instante reflexivo y luego decidió:

—Yo le traeré al hombre gordo, a Ernie Fraser. Es un compatriota suyo, Sidi Nolan. Sé que ha tenido que ver muchas veces con negocios de opio y otras drogas. Me resultará fácil. Le diré que tengo un buen asunto para él.

—Muy bien, Omar. Pero necesito que lo traigas cuanto antes. Los pájaros pueden volar y entonces mi posición se haría más difícil.

Omar carraspeó nuevamente.

—Sidi Nolan tiene dinero y el pobre Omar necesita unos cuantos dólares para comprarse una casa mejor que ésta.

Rick apretó los labios e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Bien, Omar. ¿Cuánto quieres?

—Un pariente de mi difunta mujer me vende una casa por trescientos dólares.

—No hay ninguna choza en este barrio que valga tanto, Omar.

—Pero el pariente de mi difunta mujer tiene unos tapices de Damasco que quiero conservar yo en la casa.

Rick no tenía opción y sacó la cartera extrayendo de ella ciento cincuenta dólares que entregó a Omar, diciendo:

—Está bien. Aquí tienes la mitad de los trescientos. Los otros ciento cincuenta te los daré cuando traigas aquí a Ernie Fraser.

Omar cogió ceremoniosamente el dinero y lo hizo desaparecer en uno de los pliegues de su turbante. Luego hizo una zalema a Rick y abandonó la estancia.

Una vez quedó solo el joven, sacó un cigarrillo y lo encendió, comenzando a pasear por el cuarto.

Estaba acabando el tercer cigarrillo consecutivo cuando oyó ruido de pasos por la escalera y se pegó a la pared, cerca de la puerta. Abrióse ésta y apareció Omar, quien de espaldas a Nolan dijo:

—Pasa, Sidi Fraser.

Rick contuvo la respiración y vio penetrar en la estancia al adiposo tipo de El Búho. Inmediatamente saltó sobre él y pasóle un brazo por el cuello, doblándole la cabeza sobre el pecho.

Fraser lanzó un grito entrecortado y entonces Rick le dijo al oído:

—No te resistas, Fraser, o te parto el pescuezo.

Fraser trató de soltarse de aquella presa, pero Rick apretó más, haciendo fuerza de palanca, y los huesos cervicales del grasiento crujieron ominosamente.

—¡No siga! —exclamó Ernie.

—¿Te vas a portar como un buen chico?

—Sí —susurró el barman, con voz apenas audible.

Nolan le dejó libre, y Ernie, falto de equilibrio, se desplomó en el suelo lanzando un quejido de dolor.

Omar, testigo mudo de aquella escena, se había sentado en una silla y contemplaba a los dos protagonistas con ojos de aburrimiento.

Ernie Fraser se quedó en el suelo resoplando, y finalmente volvió la cabeza mirando a Rick.

—¡Me ha podido matar! —exclamó.

—¿Y qué crees que iba a hacer conmigo la policía después que negaste que yo había estado en tu establecimiento?

Ernie se puso en pie sacudiéndose el polvo. Rick le pegó una bofetada en la cara.

—¿Qué respuesta estás inventando, Ernie?

El aludido gimió otra vez al tiempo que retrocedía.

—No trato de inventar nada.

—Te pagó «ella», ¿verdad? Te dijo que cuando se presentase la policía, tú tenías que decir que no me habías visto por allí.

—No —contestó Ernie, negando también con la cabeza.

Rick se abalanzó sobre él y le cogió por las solapas apretándole contra la pared.

—Escucha, gusano. Estoy harto de vérmelas con tipos como tú. Vas a decirme la verdad o te prometo que no podrás ir por tu negocio en muchos meses.

Ernie le miró con ojos aterrorizados.

—No se ponga nervioso. Suélteme. Se lo diré todo. Rick lo sacudió de nuevo.

—¡Abre el grifo de una vez!

—No fue la chica quien me pagó, sino un tipo que entró en el establecimiento mientras usted estaba con ella en el reservado.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé. No lo había visto nunca —Ernie se humedeció los labios con la lengua—. Era de su misma estatura, de unos setenta

kilos de peso, vestía un traje tropical color verdoso y un sombrero panamá. Corbata amarilla.

—¿Cómo era su cara?

—Rubio, de ojos claros y pómulos salientes. Tenía una pequeña cicatriz en la barbilla.

—¿Qué es lo que te dijo?

—Me largó cien dólares. Yo no lo había visto a usted ni tampoco a la chica. Es lo que tenía que decir cuando me preguntasen. ¿Qué iba a hacer yo? O aceptaba su dinero, o me podía ver en un apuro. Esos fulanos siempre llevan consigo la pistola.

—Muy bien. ¿Qué hizo la chica cuando salió del reservado? ¿Telefonó?

—La vi meterse en la cabina. Supongo que telefonaría a alguien. Luego salió, y se marchó como le dije, sin despedirse, caminando aprisa.

—¿Tampoco la habías visto antes?

—No. Nunca.

—¡Mientes! —Rick le volvió a abofetear.

—¡Le juro que es la verdad!

—Ella dijo que había estado otras veces en tu local.

—¡No es verdad! Jamás la había visto antes de que apareciese esta tarde por allí.

—¿Y tu empleado? ¿También ese fulano le dio un billete de cien dólares?

—No, me los dio a mí para él. Me dijo que yo me encargase de que contase la misma historia que yo.

Hubo un largo silencio mientras Rick miraba a Ernie fijamente a los ojos.

—¿Dónde los puedo encontrar, Ernie?

—¿A quiénes?

—¿De quiénes estamos hablando, bastardo? —gritó Rick golpeándole la cabeza contra la pared—. Me refiero a la chica y al tipo que te entregó los doscientos dólares.

—Ya le he dicho que no conozco a ninguno de ellos —sollozó Ernie.

—¡Te callas algo!

—¡Se lo he contado todo! ¡No me pegue más!

Rick se quedó inmóvil unos instantes y finalmente le dio otro

empujón a Ernie y le dejó libre.

—Está bien, sapo —dijo con voz glacial—. Tarde o temprano, daré con los que han intentado jugármela, y si compruebo que me has engañado te prometo que no saldrás de aquí como ahora, por tu propio pie... ¡Lárgate!

Ernie se arregló un poco la ropa sin dejar de temblar y tras dirigir una mirada a Omar se dirigió hacia la puerta.

Rick lo siguió con los ojos y antes de que saliese le advirtió:

—No me has visto, Ernie.

—No, señor —asintió Fraser, con la puerta abierta—. No quiero líos con nadie. No le he visto a usted.

Salió fuera y cerró la puerta; poco a poco, sus pasos se perdieron por la escalera. Omar hizo un ruido con la boca y comentó:

—Creo que no le ha sacado todo lo que llevaba dentro, Sidi Nolan.

—Te equivocas. Ese tipo no sabe nada más. Si ganaron su colaboración fue con un poco de dinero y unas cuantas amenazas. Ellos pensaban que me tenían bien cogido y no se les ocurrió pensar que podía escaparme de la policía.

—¿Qué va a hacer ahora?

Rick se frotó la nuca con un gesto preocupado mientras daba unos pasos por la estancia.

—No lo sé. No tengo la más ligera idea. Me encuentro completamente desorientado.

—Eso es extraño en Sidi Nolan. Siempre supo dónde asestar el próximo golpe.

—Quizá sea que no me encuentro en forma o que he empezado a envejecer.

Rick se detuvo ante una ventana y comprobó que la noche había caído sobre Puerto España. En algún patio cercano, una banda de negros interpretaba con su fanfarria un calipso.

La atmósfera estaba cargada de efluvios calientes a pesar de que el sol hacía ya un buen rato que se había puesto.

Sacó un cigarrillo y lo encendió volviéndose hacia Omar.

—Supongo que querrás tus ciento cincuenta dólares.

—Ése fue el trato.

—No he conseguido mucha información.

—Sidi Nolan sabe que no ha sido culpa mía.

—Bien, no discutamos. Te los voy a dar, pero quiero que en el precio quede incluida una nueva gestión.

—¿Cuál?

—Siento cierta curiosidad por la secretaria de Gaggenhein, una cubanita llamada Cristina Larios. Fue muy oportuna al marcharse de la oficina permitiendo que el asesino entrase. Creo que una conversación entre ella y yo sería altamente interesante. Quiero saber dónde la puedo encontrar.

—¿Ahora?

—Sí, esta noche.

Omar se levantó perezosamente de la silla y tras hacer un movimiento afirmativo con la cabeza, abandonó de nuevo la habitación.

Rick reanudó sus paseos al quedarse solo. Se sentó, volvió a pasear, fumó los dos cigarrillos que le quedaban. Finalmente, eran ya cerca de las once de la noche cuando regresó Omar.

—¿Qué me dices? —preguntó al musulmán en cuanto se presentó ante él.

—Malas noticias, Sidi Nolan. La muchacha estaba hospedada en el hotel Oriental, pero alrededor de las nueve canceló la cuenta y se marchó sin dejar su nueva dirección. Merodeé por los alrededores del hotel buscando alguien que la hubiese visto, pero no conseguí averiguar nada.

—¡Está bien! La suerte no está de mi parte. Tendré que ir a buscarla yo.

Sacó un fajo de billetes y apartó ciento cincuenta dólares que entregó a Omar. Rick se dirigió a la puerta y después de abrirla se volvió a Omar y preguntó:

—¿Cuánto vale en realidad la choza de tu pariente?

—No tengo ningún pariente, Sidi Nolan, y me encuentro muy bien en esta casa —sonrió mostrando unos blancos dientes—. Estoy a tu disposición.

—Eres un buitre, Omar —le espetó Rick—, pero un buitre simpático. Descendió por la escalera y ganó la calle, encaminándose hacia El Búho.

CAPÍTULO V

Llegado a la calle en que se encontraba el establecimiento se percató de que no había ningún policía por los alrededores. Un poco más abajo de la puerta del local había una parada de taxis. En aquel instante se encontraban aparcados allí dos coches.

Había sentido una corazonada mientras permanecía esperando a Omar y la iba a poner en práctica. No perdía nada, tal como estaban ahora las cosas.

Se acercó al primer vehículo, y el conductor, un negro de orejas colgantes, se enderezó en el asiento obsequiándole con una sonrisa.

—¿Adónde, señor?

—Sin prisa, muchacho —dijo Rick—. Estoy buscando un chófer que haya hecho un servicio desde aquí esta tarde, alrededor de las cinco.

Su interlocutor negó con la cabeza.

—No fui yo, patrón. A esa hora cogí a unos turistas para llevarlos al Lago de Asfalto. Siento no poder ayudarle.

Rick hizo un movimiento de cabeza y acercóse al otro coche repitiendo la misma pregunta a su conductor, quien le contestó que durante toda la tarde no pudo prestar servicio porque le habían estado arreglando una avería del motor.

Rick, un poco decepcionado, se marchó a una oscura esquina y esperó.

Aquellos dos coches se fueron y llegaron otros. Rick fue preguntando a todos los conductores acerca de la cuestión que le interesaba. Ninguno de ellos había realizado un servicio alrededor de las cinco desde aquella parada.

Empezó a pensar que la joven que se hacía llamar Shere Craig habría comprado también el silencio del conductor, caso de haber

tomado un coche. Con este pensamiento decidió abandonar aquella tarea.

Un coche llegó y se unió a los cuatro que estaban en línea en la parada. Vaciló unos instantes. No valía la pena gastar más saliva, pero ¿qué perdía con probar otra vez? Se acercó al conductor, que era también negro, y le hizo la pregunta que tenía tan repetida.

—¿Sobre las cinco dice, señor? —preguntó el negro, quedándose pensativo.

—Eso es. Entre las cinco y cinco y media más exactamente.

—Oh, sí, señor. Yo hice un servicio desde aquí. El corazón de Rick dio un vuelco.

—¿Quién era el pasajero?

—Una mujer —el negro puso los ojos en blanco en tanto sonreía—. ¡Y qué mujer, patrón!

—Escuche, amigo —advirtió Rick—. Es mi esposa. Tuvimos una discusión esta mañana en casa y ella se marchó de pronto.

El conductor abrió más los ojos y Rick prosiguió su historia.

—Hay un tipo por medio, uno de esos fulanos que se creen la mar de guapos. Mi mujer, que es muy joven, se ha encandilado un poco, ¿sabe? Estoy seguro de que si logro hablar con ella la convenceré. Naturalmente, todo consiste en que llegue a tiempo de evitar lo peor.

Rick completó su actuación exhibiendo una vez más el fajo de billetes. Había logrado interesar al negro, el cual echó una mirada al dinero y dijo:

—No lo hago por la plata. Usted está en su derecho. Me fijé mucho en su mujer y sé adónde la llevé. Suba de prisa.

Rick abrió la portezuela y se metió dentro. Inmediatamente el coche arrancó y lanzóse a una carrera vertiginosa. Aquel buen negro ponía de su parte el mayor entusiasmo para llegar a su destino antes de que pudiese ocurrirle lo «peor».

Abandonaron la ciudad por una carretera del norte y como cosa de diez minutos más tarde doblaban por un camino vecinal rodeado de eucaliptos.

Habían recorrido unas seis millas cuando el vehículo se detuvo y el chófer volvió la cabeza.

—La casa está a menos de cincuenta yardas de aquí. No sigo porque con este silencio oirían el ruido del motor.

—Es usted un buen colaborador, amigo.

—¿Quiere que vaya con usted?

—Creo que me las podré arreglar solo con el tipo guapo. Pero lo que sí le ruego es que esconda el coche y esté preparado para partir en cuanto yo llegue.

—De acuerdo, patrón.

—Tome un poco de dinero a cuenta. Rick le alargó diez dólares.

—Es demasiado, patrón —objetó el negro.

—Usted ha hecho un buen trabajo y tendrá más cuando regrese.

Rick necesitaba que el chófer se quedase allí por si acaso las cosas se ponían feas para él. Echó a andar camino adelante y poco después, al doblar una curva, vio enfrente una casa.

Por una de las ventanas se filtraba la luz de una habitación. Se apartó del camino por si había alguien apostado por las cercanías y aplastó la blanda hierba bajo sus pies. Cerca de la casa se detuvo unos instantes e inspeccionó los alrededores. No creyó ver vestigio humano y entonces caminó agachado hasta llegar a la ventana. Allí se fue incorporando lentamente y atisbo el interior.

Apretó los labios con dureza al ver a Shere Craig sentada en un sillón con las piernas cruzadas y un vaso de *whisky* en la mano. Cerca de ella había un hombre de unos treinta años de edad, de pelo rubio y rostro bien parecido que estaba hablando con la joven.

—Dentro de unos días habremos terminado el negocio y podremos irnos a Miami —decía él.

—Trinidad me gusta, Johnny —repuso Shere con un mohín—. De buena gana me quedaría aquí.

—Miami es mucho mejor que esto.

Un nuevo personaje apareció en escena. Era un hombre rechoncho, de cara ancha y cuello de toro. Tenía las manos en los bolsillos y, tras detenerse, se quedó mirando con fijeza las bonitas piernas de Shere, la cual, al darse cuenta del examen a que estaba siendo sometida, se estiró la falda.

El llamado Johnny miró al otro y le interpeló ásperamente:

—¿Qué demonios haces aquí? Tu puesto está fuera.

—Ya me iba, Johnny.

El guardián hizo una pausa para mirar otra vez a Shere y se puso a andar despaciosamente, desapareciendo del campo de observación de Rick.

—No me gusta ese Nielsen —dijo Shere.

—A mí tampoco —respondió Johnny—. Cualquiera día de éstos le romperé la crisma de un botellazo.

—Será mejor que no te excites. No te sienta bien. Johnny sacudió la cabeza y sonriendo repuso:

—Debes estar cansada, Shere. ¿Por qué no te vas a dormir?

—Hace un calor insoportable en la habitación. Esperaré a ver si refresca un poco.

—Está bien —Johnny dio un bostezo—. Me voy arriba, Shere. No tardes mucho.

Johnny se agachó sobre Shere y la besó en la frente. Luego se enderezó y desapareció de la vista de Rick.

En aquel instante se abrió la puerta de la casa que comunicaba con el exterior y Nolan se aplastó contra el muro.

El rechoncho salió fuera y se detuvo un instante para encender un cigarrillo. Rick dio un salto hacia un matorral y se puso a cubierto.

Nielsen arrojó el fósforo al suelo y dio varias chupadas al cigarrillo. Luego se puso a andar y dio la vuelta a la casa por el extremo más lejano a aquél en que se encontraba Rick. Éste calculó que el otro daría la vuelta al edificio apareciendo por la otra esquina y corrió hacia ella, pegándose a la pared. Esperó varios minutos y al fin oyó ruido de pasos que se aproximaban. Contuvo la respiración y en el momento en que el centinela doblaba, se arrojó contra él y le pegó con todas sus fuerzas con el canto de la mano en el cuello.

Nielsen emitió un ronquido y se desplomó en el suelo. Rick suponía que tendría bastante, pero por si acaso no bastaba, le estrelló el puño en el mentón, privándole totalmente del conocimiento. Lo registró despojándole de una pistola que tenía en la sobaquera. Luego se volvió rápidamente y subió al pórtico.

Permaneció un rato allí esperando oír algún ruido, pero como éste no se produjo, puso la mano en el pomo de la puerta y abrió silenciosamente; pasó al interior y cerró a sus espaldas.

El vestíbulo estaba iluminado a medias y vio al fondo una escalera que conducía al piso superior. A la derecha había una puerta que debía comunicar con la habitación en que se encontraba Shere. Caminó por el piso de linóleo paso a paso, evitando el

crujido de sus zapatos, y de pronto, al llegar cerca de la puerta, le llegó la estridencia de una música sincopada. Procedía de la sala donde se encontraba la joven. El ritmo era un calipso.

Le vino bien porque de esa forma pudo introducirse en la habitación sin necesidad de poner mucho cuidado en no hacer ruido.

Shere se encontraba ahora sentada en un diván y tenía ante ella una mesa en la que había un tocadiscos en movimiento.

La voz cálida y sensual del calipsoniano que cantaba decía así:

«Listas ellas y astutas y tramposas deberían zurrarlas a las mujeres mentirosas.

¡Duro con ellas y hacerles entender que una mujer debe ser fiel a su hombre! Hay mujeres que se casan hoy pero al cabo de unos días dejan al marido.

Si ella es lista, astuta y tramposa, recuerde, amigo, péguele con el gato de nueve colas».

—Es un estupendo consejo —comentó Rick.

La joven se volvió sobresaltada lanzando una exclamación y al ver a Nolan sus ojos aumentaron de tamaño.

—¡Usted!

—Sí, querida —contestó Rick, al tiempo que levantaba la pistola unas pulgadas—. Considérelo como un gato de nueve colas.

Hubo un largo silencio entre los dos jóvenes y finalmente ella indicó:

—Éste no es mi disco favorito. Resulta un poco bárbaro.

—No me diga. Quizá el suyo sea aquél en que el cantante dice algo así:

«Echale una cadena al cuello y arrójalo al mar. Verás qué placer sientes viéndole patear y hundirse solo...».

Un rubor cubrió las mejillas de Shere.

—Comprendo que esté usted enojado conmigo, Rick. Abanicó las

pestañas y Nolan replicó con ironía:

—¿Enojado? Oh, no. ¿Por qué? Después de todo, ¿qué significa que uno saque las castañas del fuego a una mujer bonita?

—Deme una prueba de ello guardando esa pistola. Rick frunció el ceño.

—¿Con qué clase de imbécil cree que está hablando, tesoro? Shere apretó los labios y tras un nuevo parpadeo dijo:

—No sabía que lo fuese a tomar tan a pecho, señor Nolan. Después de todo, el que usted no haya realizado esa operación sólo significa que ha perdido unos cuantos dólares que usted, como es lógico, con su talento y su ingenio, recuperará en seguida. Tales palabras resultaron para Rick un verdadero galimatías, pero se puso en guardia. Aquella chica era una preciosidad, pero dentro de ella había una carga de nitroglicerina.

—Yo he perdido unos dólares, ¿eh? —rezongó—. Y todo porque no he hecho mi negocio.

—Mientras usted estaba conmigo en El Búho, sus competidores llegaron a un acuerdo con el señor Lapebie.

—Mis competidores, ¿verdad?

—Sí, Johnny y su socio. Usted no debe estar resentido por ello. Dicen que en los negocios y en el amor todo está permitido. No sé si lo sabrá, pero después de haberle dejado en El Búho sentí remordimientos. Cuando llegué al hotel, Johnny me tranquilizó diciéndome que para usted no significaba mucho el hacer ese transporte. Ellos ya tenían alquilado el barco y necesitaban llevar esa carga o de lo contrario se hubieran arruinado.

Rick empezó a entrever algo, aun cuando se preguntó si la muchacha estaría diciendo la verdad.

En aquel instante el disco acerca del gato de nueve colas fue sustituido automáticamente por otro que resultó ser un nuevo calipso.

—Estupendo —comentó Rick—. ¿Qué me dice de Gaggenhein?

—¿Gaggenhein? No sé qué es eso.

—Un hombre.

—No he oído hablar nunca de nadie que se llame así.

Nolan miró fijamente el rostro de Shere. Parecía hablar con naturalidad. Si lo estaba engañando nuevamente, la muchacha podría optar con el tiempo al Oscar de interpretación de la

Academia de Hollywood.

El nuevo cantante empezó a vocear:

«Yo vivía con una esposa decente y satisfecha cuando llegó un soldado y quebró mi vida.

Y si yo le pegaba, ella gritaba:

¡Socorro! Búscate otra chica y déjame con mi soldado...».

Shere sonrió:

—¿No se reirá si se lo digo, Rick?

—Inténtelo.

—Éste es mi disco favorito desde hoy.

—¿Por qué?

—¿No lo ha oído? Habla de un soldado.

Hubo un silencio. A Rick le parecía todo aquello irreal.

Se había convertido en un perseguido de la justicia, acusado de asesinato. Habían matado a Gaggenhein mientras él estaba con aquella mujer en un bar de Puerto España. Se había liberado de la policía y de aquel centinela que se hallaba sin sentido fuera de la casa. Y ahora se encontraba en aquella habitación en compañía de Shere, la única persona que podía probar su coartada, y ella le hablaba de un fantástico negocio de transporte y de un calipso que se refería a un soldado.

Rick sonrió enseñando los dientes y dio vuelta al diván sentándose junto a Shere. Guardó la pistola y dijo:

—Eso es muy delicado por tu parte, pequeña. ¿Desde cuándo es tu favorito?

—Solamente desde que te conocí —le tuteó ella también.

—Es muy confortable oírte decir eso; pero también me recuerda que hay unos cuantos puntos oscuros en tu explicación.

—¿A qué te refieres, Rick?

—Te dije en El Búho que yo era un soldado de fortuna, y no contaba con que, al parecer, sabías bastante de mí.

—Sólo sé lo que me pudo decir Johnny; pero tu explicación me gustó más.

—¿Y qué es lo que te dijo Johnny de mí?

—Que tenías muchos negocios en Estados Unidos y que habías venido al Caribe para conseguir un transporte desde Trinidad hasta la isla de la Tortuga, en Haití. Johnny y su socio, el señor Lutchter, eran tus competidores. El que de vosotros consiguiese transportar la mercancía ganaría unos cuantos miles de dólares. Según ellos, tú tenías todas las probabilidades de vencer, y Johnny me pidió que le hiciese un favor. Lo único que había de hacer yo era conquistarte y mantenerte una hora alejado del hotel en que se encontraba hospedado el señor Lapebie.

Rick sonrió diciendo:

—Y por lo visto el trabajo lo desempeñaste a las mil maravillas. Yo estaba contigo en El Búho mientras Johnny y Lutchter firmaban el contrato con el señor Lapebie.

—Así ocurrió —sonrió ella.

Rick la miró fijamente a los ojos, y de pronto la agarró por la muñeca y se la retorció violentamente. La joven soltó un grito y él le tapó la boca. Entonces, con su cara muy pegada a la de ella, echando chispas por los ojos le espetó:

—Tú pretendes engañarme con ese estúpido cuento. Los ojos de Shere reflejaron temor.

El le dejó la boca libre, y pudo ella preguntar:

—¿Qué te pasa, Rick?

—Es preferible que te quites la máscara cuanto antes, tesoro. Llevo muchos años sólo por el mundo y todavía no hay nadie que pueda decir que se la ha pegado a Rick Nolan.

—No te comprendo —murmuró ella—. Y... ¡Suéltame! Me estás haciendo daño.

—Te soltaré cuando conozca en realidad tu juego.

—Ya te lo he explicado todo. Lo hice por favorecer a Johnny.

—¿Quién es ese condenado Johnny?

—Mi tutor.

—¿Tu qué? —Frunció el ceño él.

—Me quedé huérfana muy pequeña. Mi padre, que fue el último en morir, me dejó en valores una fortuna de cien mil dólares. Nombró a un amigo suyo, Johnny Clarke, albacea testamentario. Yo entonces sólo tenía ocho años, y Johnny me mandó a un colegio en Suiza. No hace más que cuatro meses que salí de allí cuando cumplí los veinte años de edad. Johnny me esperaba en Nueva York, y

desde allí recorrimos las principales ciudades de nuestro país. Finalmente estuvimos en Miami, y desde allí vinimos a Trinidad.

—¿A qué se dedica Johnny?

—¿No lo sabes? —dijo ella, perpleja—. Toma en arriendo embarcaciones ligeras y se dedica al transporte entre las islas. Hace un par de semanas fuimos a Honduras, y de allí pasamos a Cuba. Luego volvimos a Trinidad, y de un momento a otro esperamos embarcar para Haití.

—Supongo que siempre viajaréis en los barcos que él contrata...

—Sí.

—¿Con qué clase de mercancías trafica Johnny?

—Maquinaria y artículos de artesanía. Lleva muchos años dedicándose a lo mismo. Rick observó los ojos de la joven, y de pronto preguntó:

—¿Qué clase de mujer eres tú, Shere?

—¿Por qué dices eso?

—He conocido centenares de mujeres en mi vida, pero tú perteneces a una clase especial. Ingenua, dulce... ¿O eres un demonio disfrazado de ángel?

Shere negó con la cabeza y se quedó en silencio.

Estaban muy próximos uno al otro y Rick tuvo que hacer muy poco esfuerzo para estrecharla contra su pecho y besarla en la boca.

De pronto Nolan recibió un terrible golpe en la cabeza y separóse de la joven. Un horrible dolor le bajó por el cerebro sacudiéndole el sistema nervioso, y vio poco a poco cómo la cara de Shere se envolvía en nubes de algodón. Finalmente desapareció de su vista. Entonces sintió terribles náuseas y le pareció que se hundía en un mundo de tinieblas.

CAPÍTULO VI

Abrió los párpados y continuó viendo las nubes de un color gris pizarroso. Tenía las fauces secas, y su cerebro ordenó a sus glándulas salivales que comenzasen a trabajar, pero ellas no obedecieron.

Percibió crueles pinchazos en la base del cráneo.

Se mantuvo inmóvil durante un rato. Las nubes se fueron retirando, dando paso a una oscuridad absoluta.

Ahora pudo moverse. Estaba tendido sobre una alfombra. Asentó con firmeza las palmas de la mano y se irguió hasta quedar sentado.

La cabeza le daba vueltas, pero minuto a minuto se fue serenando. Alargó una mano y tropezó con un sillón. Valiéndose de él se puso en pie.

Hinchó los pulmones de aire y empezó a encontrarse mejor. Entonces sacó la caja de fósforos y frotó uno de ellos produciendo una llama.

Se encontraba en la misma habitación en que había celebrado su última entrevista con Shere Craig. Al recordar a la mujer soltó una maldición.

¿Cómo era posible que se hubiese dejado engañar otra vez por ella? Mordióse el labio inferior hasta sentir un fuerte dolor.

Nadie en el mundo merecía el calificativo de estúpido como él. Shere lo había vuelto a engatusar.

Todo el juego de Shere consistió en que él al fin la tomase entre sus brazos... ¡Y de qué forma había caído!

Shere, como una cazadora conocedora del oficio, sólo tuvo que esperar a que él se ablandase. En cuanto se produjo el beso, Shere le envió a la región de los sueños golpeándole en la cabeza.

Tenía que darle gracias todavía por haberle dejado vivo.

El fósforo le quemó los dedos y soltó una nueva imprecación. Sabía dónde estaba el conmutador y se acercó hacia la puerta dando traspiés.

Cuantío la sala quedó inundada de luz, se dio cuenta de que la pistola que había quitado al centinela de la puerta no estaba en su bolsillo. Y como era lógico, los pájaros debían encontrarse muy lejos de allí.

Descubrió una botella de *whisky* solitaria en un mueble bar que había en un rincón, y se dijo que al menos tendría ese consuelo. Cogió la botella y un vaso y se sirvió una buena ración. Después de beber examinó aquel embrollo desde todos los ángulos, y no pudo menos que estremecerse.

La policía le seguiría buscando por el asesinato de Gaggenhein, y si no se encontraba pronto alguien a quien cargar el mochuelo, Rick Nolan sería quien daría con sus huesos en una celda.

El lúgubre pensamiento le impulsó a abandonar inmediatamente la casa.

Mientras bajaba los escalones del pórtico recordó al conductor negro que debía esperarlo, y se detuvo para consultar el reloj.

¡Santo cielo! Eran las cuatro de la madrugada. Naturalmente, el chófer se habría ido haría mucho tiempo a la ciudad.

Echó a andar por el camino y, efectivamente, cuando llegó ante el lugar el que había dejado el vehículo lo encontró desierto.

Dio un suspiro y díjose que, después de todo, su situación era ya mala de por sí.

¿Qué podía hacer ahora?

Reanudó su camino de vuelta a Puerto España soltando imprecaciones que hubieran hecho enrojecer a un carcelero de Sing-Sing.

De pronto dos luces brillaron a lo lejos. Un coche venía en su dirección.

¿Serían Shere y los demás que venían a rematarlo, arrepentidos de haberle dejado coleando?

Se apartó a un lado del camino porque el coche venía rugiendo. Estaba a punto de pasar frente a él cuando comprobó que se trataba de un taxi, y las sienes le latieron con fuerza al descubrir que el conductor era su amigo el negro.

—¡Eh! —gritó—. ¡Estoy aquí!

El chófer frenó, haciendo crujir el vehículo desde la proa hasta la popa. Por un momento pareció que la carrocería iba a salir despedida por el aire; pero al final el coche quedó inmóvil y el conductor salió botando por la portezuela.

—¡Por el tío Remus! —exclamó con la respiración jadeante—. ¡Me ha hecho pasar un buen susto, patrón!

—Me quedé dormido dentro de la casa —pretextó Rick.

—Fue el tipo guapo, ¿verdad?... No necesita decirme nada, le vi salir con su mujer. Tuve que esconder el coche entre la arboleda. Ellos pasaron en un descapotable. Iban cuatro personas. Al ver que usted no era ninguna de ellas me imaginé que se había encontrado con algo que no esperaba. Pensé que hasta le podían haber matado. Así que, me dije que no podía ayudarle en ese caso y decidí seguirles.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Serafín, patrón...

—Eres un buen tipo, Serafín. Te lo dice un hombre que conoce el género.

—Gracias, patrón —rió el negro—. Como le iba diciendo, me fui detrás de ellos. No crea que fue fácil. Podían descubrirme y entonces me harían pagar caro mi atrevimiento; pero no debieron sospechar nada y yo guardé una buena distancia.

Rick empezó a impacientarse.

—¿Adónde fueron?

—A la bahía de los Cangrejos, patrón.

—No he oído hablar de esa bahía.

—Oh, es un lugar situado a unas doce millas de Puerto España. Tuve que dejar el coche arriba y me las arreglé para descender por entre las rocas. Vi un buen panorama, patrón. Si yo creyese en fantasmas me habría largado de allí como un perseguido por el diablo.

—¿Qué es lo que viste?

—Vi un montón de hombres llevando cajones al yate. Casi todos eran negros, pero también había algún blanco. Se movían alumbrándose con antorchas. Cuando su mujer y los otros hombres llegaron, estaban ya terminando. En poco más de quince minutos todo quedó listo y se hicieron a la mar.

—¿Mi mujer también se marchó con ellos?

Serafín hizo una mueca compungida y finalmente dijo moviendo la cabeza:

—Sí, patrón, ella también se fue. —Tras una pausa añadió, encogiéndose de hombros—: Yo no podía hacer nada. Si hubiese tratado de evitarlo me hubiesen tumbado.

Rick palmeó el brazo de Serafín.

—Te has portado como los buenos, compañero —le sonrió.

Se metió la mano en el bolsillo y comprobó que tampoco le habían tocado su dinero. Al parecer, Shere se contentó con dejarle fuera de combate.

—Sé dónde puedo encontrar a mi chica —dijo, contando cien dólares.

—¿Quiere decir que se va a atrever a ir usted solo? No me gustaron nada esos tipos, patrón. La próxima vez pueden rematarlo.

—Te aseguro que si hay una próxima vez no les daré tiempo ni a estornudar. Ahora necesito de nuevo tu colaboración, Serafín.

—¿Qué quiere que haga?

—He de salir cuanto antes para la isla de la Tortuga. ¿Cuánto tiempo hará que el yate de esos tipos emprendió el viaje?

—Una hora aproximadamente.

—¡He de alcanzarlos cueste lo que cueste!

El negro se quitó la gorra y rascóse el espeso cabello ensortijado. De pronto hizo chasquear los dedos de la mano, diciendo:

—Creo que ya tengo la solución. Mi primo Jorge llegó esta mañana con un cargamento de camarones. Tiene un buen barco. ¿Sabe? Rápido como una centella. Seguramente no habrá pensado en salir hasta dentro de dos o tres días. Le gustan las mujeres, y hasta que no gaste el último centavo de lo que haya ganado con su carga, no se hará a la mar. Es su costumbre; pero usted puede convencerle con un buen puñado de dólares.

—Corre de cuenta mía. ¿Dónde podemos encontrarle ahora?

—Oh, conozco el sitio —guiñó un ojo—. Seguro que no me falla.

Subieron al coche y media hora más tarde se detenían en una sórdida callejuela del barrio de peor fama de Puerto España.

Rick subió por una escalera oscura precedido por su guía, y poco después, éste llamaba a una puerta. Al cabo de un rato se oyó crujir un somier y una voz aguardentosa gruñó:

—¿Qué pasa? ¿Quién es?

—Soy yo, primo Jorge.

—¡Déjame tranquilo y vete al infierno!

—Oye, es un asunto de vida o muerte. Tienes que abrir.

Poco después se oyó ruido de pasos, y la puerta se abrió, apareciendo un negro que se cubría tan sólo con unos calzones cortos.

Apeataba a *whisky* y se arqueó mirando a Serafín y al hombre que le acompañaba.

—¿Qué quieres ahora, primo?

Serafín hizo una señal a Rick y ambos entraron en la habitación. El negro explicó a su primo que el «patrón» necesitaba su barco para ir a la isla de la Tortuga.

—Se le ha escapado la mujer, ¿sabes, primo? —añadió. Jorge miró otra vez a Rick y se echó a reír.

—¿Qué usted va a ir en busca de ella? ¡Santo cielo! Es el primer caso que conozco.

—Quiero hacer escupir los dientes al tipo que se la llevó —respondió Nolan con dureza—. ¿Le parecen bien trescientos dólares por el trabajo?

La expresión del rostro de Jorge no dejó lugar a dudas de que el precio le parecía bien.

CAPÍTULO VII

Rick Nolan subió a cubierta y tuvo que ponerse la mano como visera porque los rayos del sol le hirieron los ojos. Luego estiró el brazo y consultó el reloj. Eran las tres de la tarde y había estado durmiendo durante ocho horas seguidas. Girando la mirada en derredor sólo veía mar. Era una superficie color marrón oscuro, ondulante. Arriba graznaban las gaviotas. De vez en cuando una de ellas se hundía en el agua para reaparecer en seguida remontando el vuelo y llevando en el pico la dorada presa cobrada.

El Tiburón, que así se llamaba el barco de Jorge, avanzaba rápidamente sin cabecear.

Vio a Jorge sentado en la borda, fumando un cigarrillo, y se acercó a él andando cansinamente.

—¿Crees que les cogemos? —le preguntó.

Jorge le miró y sus labios se distendieron mostrando unos dientes blancos como el marfil.

—Claro que sí, patrón. Hay muy pocas barcas como ésta en el Caribe. El año pasado gané un premio, ¿sabe? Fue en Jamaica, cuando el primer ministro de Inglaterra vino a descansar unos días. Se organizaron algunos festejos y yo tomé parte en la carrera de barcas de pesca. —Hizo una pausa y con un gesto de suficiencia prosiguió—: Los dejé a todos muy atrás. El primer ministro me dio la mano y me entregó una gran copa. Naturalmente, ella no me servía de nada y la vendí por dinero. El dinero es bueno. Con él se puede conseguir lo que un hombre ambiciona: *whisky* y una mujer.

Se llevó otra vez el cigarrillo a los labios mientras Rick encendía el suyo.

—Estuve hablando con mi pariente Serafín.

—¿Qué te dijo?

—El vio a su mujer y dice que es una verdadera perla.

—Sí, no está mal. Jorge rió.

—Yo no he conocido una mujer que valga más de cincuenta dólares, y usted ha pagado, para comenzar, trescientos por la suya.

Rick escrutó el rostro de Jorge. No le gustó nada su expresión. Sus grandes ojos brillaban de codicia.

De pronto una voz interrumpió el diálogo.

—¡Eh, jefe! Hay un cacharro que flota delante de nosotros.

Rick y Jorge fueron al lugar donde se encontraba el vigía. En el horizonte se veía un puntito que sobresalía de la superficie del mar.

—Su yate, patrón —anunció Jorge—. ¿Quiere que lo abordemos o se le ha enfriado ya la sangre?

Rick permaneció unos segundos estudiando la respuesta y finalmente dijo:

—Prefiero seguirlo, de forma que ellos no se den cuenta.

—Quiere cazarlos en tierra, ¿eh?

Rick hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Usted manda, patrón —convino Jorge, y se dirigió a la cabina. Nolan se quedó en la proa fumando.

El Tiburón fue acercándose cada vez más al yate en que viajaba Shere Craig. De mantener aquella velocidad muy pronto le darían alcance, pero en un momento determinado el barco viró unos grados a la izquierda, dando la impresión de que se alejaba de su presa.

El sol caía sin piedad sobre aquel lugar del mundo y Rick sintió pronto su efecto en la cabeza. Bajó a su camarote y se tendió en la litera. Permaneció allí fumando durante un par de horas y luego subió otra vez arriba, cuando el sol ya empezaba a ponerse.

A lo lejos, por la banda de babor vio tierra y lo mismo ocurrió al mirar a estribor. Jorge se acercó a su lado.

—El yate está pasando en estos momentos por el Canal de la Mona. Usted tenía razón. No hay duda de que se dirigen a la Tortuga.

—¿Cuándo llegaremos allí?

—Al amanecer, si el tiempo sigue estando de nuestra parte.

—¿Crees que se habrán dado cuenta de que les seguimos?

—Seguro que no. Éste es un barco de pesca y nuestra ruta es normal. Cerca de la isla de la Tortuga hay un buen banco de

camarones. Está al sur de la Gran Inagua.

Rick no hizo comentario alguno. Fue de nuevo a la proa y se sentó.

El sol tiñó de roja sangre el caliente mar y luego se hundió en él como si pretendiese llegar a sus profundidades. La noche arrojó mantos de negruras y las estrellas fueron apareciendo temblorosas en lo más alto del cielo.

Les llegó a ellos la hora de cruzar también el canal, y Rick contempló durante más de una hora las luces de los faros que quedaban poco a poco a popa hasta desaparecer por fin a lo lejos.

Cenó en compañía de Jorge y apenas cruzaron palabra. Luego regresó a su camarote y se tumbó, no tardando en dormirse.

De pronto le despertaron unos golpes dados en la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—El jefe me ha ordenado que le avise que tenemos a la vista la isla de la Tortuga.

Rick se puso rápidamente la chaqueta y subió a cubierta. Vio a la izquierda una montaña y más atrás la isla.

El yate había pasado a unas tres millas de la costa y estaba a punto de desaparecer tras unas rocas.

Se acercó a Jorge y éste le recibió con una sonrisa.

—¿A punto, patrón?

—Seguro que sí.

Estaba amaneciendo y ahora el mar se había revuelto. *El Tiburón* hundía de vez en cuando la proa, jadeando por seguir adelante.

Al cruzar las montañas, Rick no pudo ver el yate.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Habrá doblado por uno de los canalillos —opinó Jorge—. No se preocupe. Conozco bien esta parte del Caribe. No se escapan. Me voy a la cabina.

Rick se mordió el labio inferior, inquieto a pesar de la seguridad demostrada por el negro.

El Tiburón enfiló un pequeño estrecho y trazó una airosa curva. Pero el yate no apareció por parte alguna.

Siguieron avanzando durante media hora y de nuevo Jorge, que manejaba el timón, hizo girar la nave llevándola a la otra parte, sin que tampoco descubriesen su presa.

Se hizo lentamente de día y Rick pudo distinguir pequeñas y

grandes bahías, docenas de sitios abrigados donde el yate podía haber encontrado cobijo. Jorge salió de la cabina y se acercó a él maldiciendo.

Rick comentó:

—Parece que te la han jugado, a pesar de que aseguras conocer bien estos andurriales. Jorge soltó otra imprecación y dijo:

—Lo malo es que registrar todo esto nos llevaría un par de días. Un canal de éstos tiene hasta seis millas de longitud. Son como ríos.

Rick soltó un gemido.

—Es una noticia agradable. He perdido mis trescientos dólares y me voy a quedar con las ganas de que el tipo que se ha llevado a mi mujer empiece a comer con dentadura postiza.

Ahora pasaron frente a un pueblo que se levantaba en la costa. Se veían las casitas blancas y pequeños puntitos, sus habitantes, que iban de un lado a otro. En un muelle había media docena de embarcaciones, pero el yate no estaba entre ellas.

Siguieron adelante otros treinta minutos y finalmente Rick objetó:

—¿No te parece que con esta velocidad no es posible que hayan podido llegar más lejos que nosotros?

Jorge se mantuvo pensativo unos instantes.

—Está en lo cierto, patrón. Puedo jurar que no han pasado por aquí.

—¿Cómo se llama ese pueblo que dejamos atrás hace un rato?

—Morita.

—De acuerdo, llévame allí.

—¿Piensa desembarcar?

—Qué remedio me queda. Tú me esperarás.

Jorge se encogió de hombros y aceptó la sugerencia.

Eran las diez de la mañana cuando atracaban junto al pequeño puerto.

Unos chiquillos empezaron a gritar, mientras otros se arrojaban al agua buceando y dando vueltas alrededor del barco.

Rick saltó a tierra y tuvo que repartir unos cuantos billetes entre la grey infantil para que le dejaran tranquilo. Se detuvo en la playa ante un viejo que entretenía el tiempo cosiendo unas redes, el cual interrumpió su faena.

—¿Quiere algo, míster?

—¿Ha visto a una extranjera esta mañana rodando por aquí?

—No, señor.

Rick sacudió la cabeza.

—¿Hay algún sitio en donde se pueda tomar un trago?

—Vaya a la plaza, señor. Tire por aquella calle que tiene delante y llegará en seguida. En donde está el mercado. Allí verá la casa de Jaime. Vende el mejor ron desde que el capitán Laffite era el rey de la isla.

Rick se desprendió de un nuevo dólar para pagar el informe y minutos después llegaba a la plaza del mercado.

Vio en seguida el bar que le había indicado el viejo y se dirigió a él. De pronto, al cruzar la plaza, descubrió junto a un tenderete a Cristina Larios. Sintió un estremecimiento y rápidamente buscó refugio en uno de los puestos cercanos. Asomó la cabeza y vio a Cristina que estaba observando las baratijas que vendía un haitiano.

Pensó un rato lo que tenía que hacer y finalmente se decidió, echando a andar hacia la joven.

Cristina se cubría con un suéter blanco de escote cuadrado y una falda plisada. Sus esbeltas piernas de un delicado bronceado, estaban desnudas.

Rick se le acercó por detrás y pudo oír lo que decía.

—¿Cinco dólares? Oh, no —hizo un gesto al comerciante—. Esta pulsera no vale más de un dólar.

El vendedor se llevó las manos a la cabeza.

—Eso es imposible, señorita. Me hacen pagar cuatro dólares por ella en su país y luego tengo que traerla aquí. Resulta ya a cuatro cincuenta. ¿Qué menos que cincuenta centavos de ganancia?

Cristina meneó la cabeza y repitió con terquedad:

—Un dólar.

El haitiano se quedó un momento en suspenso y luego, con un gesto de desaliento, afirmó con la cabeza.

—Está bien, señorita, un dólar. Es un regalo que quiero hacerle, para que quede contenta de la isla de la Tortuga.

Cristina sonrió y abrió el bolso en busca de dinero, pero de pronto un dólar revoloteó en el aire y fue a caer sobre el tenderete.

La joven volvió la cabeza para ver quién había arrojado la moneda y se quedó asombrada contemplando a Rick Nolan.

—Permítame que se la regale yo, tesoro —dijo él.

—Pero... No lo puedo permitir —balbució la joven, no repuesta aún de su sorpresa.

—¿Qué significa un dólar para las emociones que usted me ha deparado? Estoy por regalarle cualquier otra chuchería.

Cristina se apartó del puesto y preguntó en un susurro:

—¿Se escapó de la policía?

—El inspector y yo hicimos un trato. Resultó ser un hombre muy comprensivo. Se conforma con que yo le presente al asesino de Gaggenhein.

—¿No fue usted? —inquirió ella con su aire más ingenuo.

—¿Cree que después de conseguir los dos mil dólares y de tener a mi merced a su jefe iba a volver con el solo propósito de liquidarlo? Usted está al corriente de todo, Cristina. Sea un poco más razonable, bombón.

La muchacha guardó silencio durante un rato y finalmente inquirió:

—Entonces, ¿quién pudo ser?

Rick dibujó en su rostro una expresión misteriosa.

—¿Qué le parece si hablamos de ello delante de un buen *whisky*? Cristina miró a un lado y a otro.

—¿Espera a alguien, cariño? —preguntó él.

—Oh, no. Llegué a la isla esta mañana. Naturalmente, sola. Después de lo ocurrido al señor Gaggenhein no podía continuar en Trinidad. Yo sentía mucho afecto por él. Habíamos trabajado cinco años juntos.

—Es usted una chica con buenos sentimientos. Venga conmigo. Conozco un sitio donde nos encontraremos a gusto.

Rick la asió del brazo desnudo y sintió la tibieza de su piel. Ella se dejó llevar.

En la casa de Jaime había media docena de personas y Rick pidió al encargado que les condujese a una habitación reservada.

Poco después los dos jóvenes se encontraban solos entre cuatro paredes que contenían una mesa, cuatro sillas y un viejo diván forrado de terciopelo que había perdido su color primitivo.

Cristina se acercó a una ventana y la abrió de par en par mientras Rick escanciaba el *whisky* en los dos vasos. Seguidamente entregó uno a la muchacha.

—Por Gaggenhein —dijo él—, que hizo posible que nos

conociéramos.

Hizo desaparecer el líquido de un solo trago, pero ella apenas se mojó los labios y con el vaso en la mano se dirigió al diván, en donde se sentó haciendo crujir los muelles.

—Usted, señor Nolan, cree que yo he tenido algo que ver con su actual situación respecto a la policía de Trinidad.

—Palabra que es usted una mujer lista —ponderó Rick—. Empezaba a temer que encontraría dificultades, pero ya veo que siente un gran deseo de colaborar conmigo.

—Lamento decepcionarlo, pero yo le puedo servir de poca ayuda.

—No me diga.

—Yo salí de la oficina poco más o menos a las cinco menos cuarto y unos veinte minutos después mi jefe era asesinado.

—¿Por qué, Cristina? ¿Por qué fue su jefe asesinado?

—Si usted no lo hizo, no tengo la menor idea.

La joven cruzó las piernas y la falda revoloteó alegremente, quedando a la altura de las rodillas.

—Sea buen chico, señor Nolan. Lo importante es que usted no se encuentre en la cárcel y que es libre como un pájaro. Deje que la policía de Trinidad haga su trabajo. Seguramente Gaggenhein fue muerto por alguno de sus enemigos. Tenía muchos, ¿sabe? Se dedicaba a toda clase de negocios.

—Y al parecer alguno de ellos era bastante sucio.

—Es posible.

—Usted, como secretaria suya, debía estar al corriente de ellos.

—Oh, no, el señor Gaggenhein no tenía confianza en mí hasta ese extremo. He dicho que es posible que se dedicase a negocios raros porque frecuentemente se ausentaba de la oficina y no dejaba dicho adónde iba.

Por regla general, esas ausencias solían durar unos cuantos días.

Rick llenó por la mitad su vaso y bebió otro trago. Luego, sin perder la sonrisa, preguntó:

—¿Dónde están los demás?

—¿Los demás? No sé de qué me está hablando, señor Nolan. ¿A qué se refiere?

—A Shere Craig, a Johnny, a Lutcher y al gordito a quien aticé en el *bungalow* de Puerto España.

Cristina parpadeó.

—No conozco a esas personas.

Rick siguió sonriendo después de dejar el vaso encima de la mesa y mientras se encaminaba hacia la joven. Se quedó ante ella con las piernas abiertas, mirándola, y de pronto la asió por el cabello y le dobló el cuello.

Cristina lanzó un grito y él dijo:

—No creas que porque eres una dama vas a conseguir que estemos hablando todo el rato de tonterías.

Aplastó el dedo pulgar junto a la oreja de la joven, la cual volvió a lanzar un aullido.

—Eres una bonita muñeca, Cristina —le dijo—. Pórtate bien y podrás seguir llamando la atención de los hombres.

—¡Cerdo bastardo! —barbotó ella—. ¡Quíteme su pringosa mano de encima!

—Ese vocabulario va mejor contigo —repuso él sin soltarla—. Anda, ricura, dime ahora en dónde se encuentran tus amigos. He venido desde Trinidad para verlos. Formáis un grupo estupendo y apuesto a que cuando estemos todos reunidos nos vamos a reír mucho.

—Está bien, suélteme. No le puedo hablar mientras me clava la zarpa.

Rick la dejó libre y dio un paso atrás.

Cristina se arregló el cabello y bebió ahora un trago más largo de *whisky*.

—¿Qué va a ganar con lo que le diga, Rick? Ellos son muchos y usted está solo.

—Deja que sea yo quien decida la situación.

—Llegamos en el yate y anclamos en una ensenada que hay a unas cinco millas de este pueblo.

—¿Cuándo entregan las armas?

Cristina abrió los ojos con sorpresa y él dijo:

—¿Me crees un imbécil? Sé perfectamente lo que os lleváis entre manos. Tu amiga Shere se encargó de decírmelo indirectamente. Ese tipo, Johnny, que según ella es su tutor, ha estado dando vueltas por Honduras y Cuba, precisamente los lugares que hoy se han convertido en un polvorín. Allí los hombres están dando gusto al dedo, apretando los gatillos, y apuesto a que los fusiles y

ametralladoras les han sido proporcionados por vuestra pandilla. En Haití las cosas no están muy bien y se mastica la revolución. Johnny y ese socio suyo, Lutchter, no podían perder una oportunidad como ésta y han venido a cooperar con su granito de arena, un granito que les proporcionará buenos dividendos.

—Estupendo. Lo sabes todo, tipo listo. ¿Y qué?

—Solamente que, por un motivo u otro, Gaggenhein fue liquidado por alguno de vosotros y yo cargué con el mochuelo. ¿Te parece poco?

—De acuerdo, tipo listo. Te daremos una indemnización por daños y perjuicios y ahuecarás el ala.

—Tú lo haces todo muy fácil.

—En este asunto un par de miles no significan nada.

—Un par de miles es muy poco para responder de un asesinato. Los ojos de Cristina brillaron iracundos.

—¿Cuánto quieres?

—Estableceré la cantidad cuando conozca la envergadura de vuestro negocio.

—Chantaje, ¿eh?

—¿A ti qué te parece?

—Gaggenhein quiso jugar esa carta y ya ves, sólo consiguió una hermosa cruz para su tumba.

—Yo no soy Gaggenhein. Vais a bailar al son que yo toque o en caso contrario, muchos de vosotros vais a perder la piel.

Cristina sonrió mostrando unos dientes pequeños y cortantes como los de una fiera.

—De acuerdo, niño. ¿Quieres que te lleve allí ahora?

Rick observó el cambio de actitud de la joven, dirigió una mirada a la ventana y finalmente sacudió la cabeza. Metió la mano en el bolsillo y la sacó esgrimiendo una pistola que le había proporcionado Jorge incluyéndola en el precio de los trescientos dólares.

—¿Qué es lo que haces, Rick? —preguntó ella palideciendo.

—Sigue hablando, preciosa. Tu voz me recuerda un coro de ángeles.

—No te comprendo.

Rick dio la vuelta a la mesa y cerca de la puerta echó una mirada a Cristina. Vio que iba a gritar y él levantó unas pulgadas la

pistola apretando los dientes.

—Anda, avísale y la primera píldora será para ti.

De pronto la puerta se abrió de un golpe y un hombre entró en la estancia con un arma por delante.

CAPÍTULO VIII

Rick saltó hacia el intruso y le golpeó con la pistola en la muñeca armada. El otro lanzó un gemido de dolor y dejó caer su automática dando un traspié y yendo a tropezar con la mesa.

Inmediatamente Rick cerró la puerta de un patadón y se volvió sonriendo. Cristina se había puesto lívida y dirigió una mirada al recién llegado.

—Eres un inútil, Lutchter.

Lutchter se volvió con una mueca de dolor en el rostro y cogió la mano lastimada. Estaba por los cincuenta y era de cara alargada y frente ancha, deforme.

Rick soltó una risita. Fue hacia la ventana y sacando la mano fuera retiró un pañuelo tendido al exterior. Observó a Cristina mostrándoselo, ella lo miraba a su vez llena de odio.

—Fue una buena treta la de avisar a tu amigo, tesoro, pero no te dio resultado. Lutchter exclamó:

—¡Condenado puerco!

Rick fue hacia él y le golpeó la boca con la mano izquierda lanzándolo sobre la pared.

—Anda, suelta otro piropo por tu sucia boca y te hago escupir la muela del juicio. Lutchter perdió toda su valentía y se quedó quieto.

Cristina dejó el vaso de *whisky* sobre la mesa y dijo:

—Supongo que no tendremos más remedio que aceptar ahora lo que tú quieras, ¿no es así, Rick?

—Conozco el barro de que estás hecha, pequeño demonio —repuso Nolan— y no pasará mucho tiempo sin que tu emponzoñado cerebro prepare otra estratagema. De modo que, todo consiste en que yo arregle las cosas en el menor plazo posible, si quiero marcharme de aquí con todas mis piezas.

—¿Y qué se te ocurre? —preguntó Cristina.

—Vamos a comportarnos como personas decentes. Vosotros dos no habéis dejado el yate por puro capricho.

—Yo quería comprar una pulsera, ya lo has visto.

—Y seguro que tu amigo Frankenstein vino a adquirir unos cuantos clavos para sujetarse la cabeza.

Lutcher hizo una mueca y pareció ir a saltar, pero un movimiento de la pistola que esgrimía Rick lo mantuvo donde estaba.

—Sois un par de embusteros de pacotilla. Apuesto a que habéis venido para entrevistaros con el primo que os soltará la pasta.

Por la expresión que vio en los rostros de Cristina y Lutcher, Rick se dio cuenta de que había dado en el blanco.

—¿Dónde es la cita? Y será mejor para vosotros que no me agotéis la paciencia. Los que me conocen dicen que cuando esto ocurre vale la pena estar a unas seis millas de mi lado.

Hubo un silencio y al fin la rubia dijo:

—Vendrá aquí.

Se volvió hacia Lutcher preguntando:

—¿Avisaste a Duval?

Lutcher hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—No debe tardar mucho, pero si ve un extraño se largará en seguida.

—Eso se arregla fácilmente —dijo Rick—. Guardaremos la pistola y yo seré uno más de la banda. ¿Qué hay de malo en ello?

Cristina se encogió de hombros.

—De acuerdo, Rick. Tú ganas, pero quizá sea por muy poco tiempo.

Nolan sonrió y agachóse para coger la pistola de Lutcher, la cual hizo desaparecer en su bolsillo. Luego se acercó a la mesa, se sirvió otro vaso de *whisky* y bebió un trago. Sonriente, dijo:

—Para no hacer la espera tediosa, ¿quién mató a Gaggenhein, Cristina?

—Johnny.

—Y supongo que a ti debo la idea de que yo apareciese como culpable.

—Tú mismo te metiste en la boca del lobo.

—Claro, tú escuchaste desde la puerta nuestro diálogo y no te

pasó inadvertido ningún detalle, incluso lo de la pistola. En cuanto yo desaparecí saliste para avisar a Johnny y él inmediatamente se presentó en el despacho de Gaggenhein. Seguramente lo mantuvo a raya con su propia pistola, pero luego cogió la de Gaggenhein, la cargó y disparó a sangre fría. Todo fue perfecto. Apuesto a que os reiríais pensando en el imbécil que iba a pagarlo todo.

Cristina no dijo nada.

De pronto llamaron suavemente a la puerta.

Rick se puso el cañón de la pistola en los labios exigiendo silencio y a continuación la hizo desaparecer en uno de los bolsillos de su chaqueta.

—Recordadlo, amigos. No vacilaré un momento en quitaros de en medio. No obtuvo respuesta de ninguno de sus compañeros.

Repitieron la llamada y Rick abrió.

En el hueco apareció un mulato de edad indefinida, rostro simpático y ojos brillantes. Un recortado bigote bordeaba su labio superior.

Cristina se adelantó en seguida diciendo con una sonrisa:

—¿Qué tal, señor Duval? Pase usted.

El señor Duval borró de su rostro la sonrisa al contabilizar las personas que se encontraban en el interior de la habitación.

—Quedamos en que ustedes serían dos, señorita Larios.

Cristina se frotó las palmas de la mano a la altura del estómago, un poco embarazada.

—A última hora el señor Nolan quiso ser de la partida —explicó queriendo ser persuasiva.

Duval miró con ojos escrutadores a Rick.

—¿El señor Nolan? —repitió—. No he oído jamás hablar de él.

—Es un gran hombre de negocios —siguió diciendo Cristina—. Verá usted, señor Duval, Johnny Clarke y el señor Lutchter se encontraron en un aprieto para pagar al contado lo que usted necesitaba.

Duval miró a un lado y otro del corredor, como si temiese que alguien hubiese podido oír las últimas palabras y pasó adentro cerrando a sus espaldas.

—Está bien —asintió.

Y tras observar de nuevo a Nolan sacó un mapa del bolsillo y lo extendió sobre la mesa.

—¿En qué punto se encuentra el barco de ustedes? —inquirió.

Cristina consultó el mapa. Finalmente enseñó un pequeño entrante en la costa nordeste de la isla Tortuga.

—Es aquí mismo —luego levantó la mirada—. Sólo está a unas cinco millas de Morita.

—¿Lo han traído todo, señorita Larios?

Esta vez fue Lutchter quien exhibió unos folios doblados.

El mulato empezó a leer éstos para sí, aunque pronunció varias palabras.

—Fusiles, ametralladoras, municiones, dos cañones... Miró a Cristina y dijo:

—Han cumplido ustedes su palabra. Esta noche mismo iremos a por ellos.

—De acuerdo, señor Duval, pero no olvide llevar el dinero. El mulato soltó una risita.

—Claro que sí, señorita Larios. Nosotros también cumpliremos nuestra parte.

—He de hacer una advertencia —indicó Lutchter.

—¿De qué se trata? —inquirió Duval.

—Es acerca del precio acordado. —Lutchter se humedeció los labios dirigiendo una mirada fugaz a Rick—. Ha sufrido un pequeño aumento.

—¡Ustedes no pueden hacer eso! —protestó Duval.

—¿Qué culpa tenemos de que las armas hayan subido de valor? Nosotros hemos pagado por ellas cincuenta mil dólares más de lo previsto.

—¿Y a eso le llama usted un pequeño aumento? —retrucó Duval.

—Escuche, amigo —exhortó Lutchter—. Mis amigos y yo nos jugamos el pellejo trayéndoles esa mercancía. Los ingleses y los americanos están deseosos de echarnos el guante. Eso no nos asusta y aquí nos tiene con su chatarra. Pagaré hasta el último centavo por ella, o tendrán que hacer su revolución a pedradas.

Duval se sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor de la frente.

—Cincuenta mil dólares es mucho dinero, señor Lutchter. ¿Por qué no lo deja más barato?

—Oiga —dijo Lutchter—. ¿Qué se cree que es esto, un almacén

de todo a cero noventa y cinco? Cincuenta mil dólares no supone nada para un grupo de amigos que dentro de cuatro días, gracias a nuestras armas, se harán dueños del país.

Duval resopló un par de veces.

—¿Y si no aceptáramos esa subida de precio?

—No nos puede hacer ningún daño por eso, señor Duval —intervino Cristina—. Pasaremos a Cuba y allí los rebeldes que luchan contra el general Batista nos pagarán bien nuestra ferretería. Casi estuvimos a punto de dirigirnos a la provincia de Oriente sin pasar por su condenada isla.

Duval se tomó algún tiempo para contestar, pero finalmente se volvió hacia Rick, preguntando:

—¿Era usted de la misma opinión, señor Nolan?

—Lo que mis amigos hacen, está bien hecho para mí —respondió el joven. Duval sacudió la cabeza sin esperanza y declaró:

—Creo que nos tienen en sus manos, señores, y por tanto no nos queda más remedio que aceptar. —Dio un suspiro y añadió—: Esta noche, alrededor de las once, acudiremos a la ensenada para descargar la mercancía.

Cogió el mapa, lo guardó, y haciendo entrechocar los talones, hizo una reverencia a Cristina, saludó con la cabeza a Lutchter y Nolan e inmediatamente abandonó la habitación.

Cuando el eco de sus pasos se hubo perdido por el corredor, Rick volvió a sacar su pistola.

—Casi me han llegado a enternecer con su interpretación. ¿Qué quiere decir lo del aumento? ¿Acaso esos cincuenta mil dólares son los que piensan regalarme?

—No se haga demasiadas ilusiones —previno Cristina—. Quizá el bocado resulte demasiado grande para que se lo pueda tragar.

—También es posible que resulte pequeño. ¿Qué les parece ahora si nos vamos hacia el yate? Ardo en deseos de saludar a la señorita Craig. Ella y yo tendremos un buen tema de conversación.

Cristina cogió su bolso y dirigióse hacia la puerta seguida de Lutchter.

—Recuerden una cosa —les advirtió Rick—. Tendré la mano en el bolsillo y no dejaré de apretar la culata de la pistola. Hagan una tontería y se la ganan.

—No se preocupe, niñito —ironizó Cristina—. Le obedeceremos

en todo... hasta que llegue nuestra hora.

Primero salió fuera ella y luego Lutcher, haciéndolo en último lugar Rick. Bajaron al bar y sin detenerse ganaron la calle.

—Vamos al coche —dijo Lutcher—. Lo tengo aparcado ahí detrás.

—Ustedes piensan en todo —comentó Rick optimista.

El coche resultó ser un «Ford» modelo 1950 que había llevado una dura batalla a lo largo de su vida.

Lutcher ocupó el volante y Cristina y Rick se sentaron en la parte de atrás.

Salieron del pueblo y treparon por una montaña siguiendo un camino lleno de baches. Desde arriba se divisaba una gran parte del mar Caribe, cuyas olas morían en la playa cercana.

El «Ford» inició el descenso de la colina aumentando su velocidad.

Recorrieron tres o cuatro millas en línea recta sin encontrar ningún relieve por el camino, y finalmente treparon por otra colina, desde cuya cúspide Rick pudo contemplar el techo de un *bungalow*. A cosa de media milla de éste se encontraba el yate.

Poco después llegaban al lado del *bungalow* y Lutcher detenía el vehículo.

El gordito al que Rick había dejado sin conocimiento salió por una puerta y se quedó extático, como si viese un fantasma.

Rick sacó las dos pistolas, una en cada mano, y conminó desde el asiento:

—¡Eh, tú, barril de grasa! Cuidado con lo que haces o te convierto en un colador. El aludido no se movió.

—¡Salten, muchachos! —ordenó luego Rick a sus dos compañeros de viaje.

Cristina y Lutcher obedecieron, y el joven también puso pie en tierra, echando a andar hacia la casa.

—¿Cómo te llamas, barril? —preguntó Rick.

—Nielsen; Gilbert Nielsen.

—Está bien, Gilbert. Ponte cara a la pared.

El otro obedeció y Rick en un instante lo despojó de una gigantesca pistola cuyos estampidos debían equivaler a cañonazos.

—¡Canastos, muchacho! —exclamó Rick—. Tú debías, tomar parte en la Conferencia del Desarme.

Fueron pasando dentro de uno en uno y Rick se quedó al final vigilándolos. Cruzaron un *hall* y Cristina, que abría la marcha, se dirigió a una terraza donde se hallaban almorzando Shere Craig y Johnny Clarke.

Shere palideció al ver aparecer a Rick, pero Johnny continuó comiendo sin descomponer una pulgada su figura.

Estaba recién afeitado, olía a loción, y se cubría con un traje tropical color gris perla.

—Oímos sus voces, señor Nolan —dijo después de tragar un bocado de carne—. Arma usted demasiado ruido.

Rick dirigió una mirada a Shere, y poniéndose a cierta distancia de la mesa para mantenerlos a todos si raya saludó:

—¿Qué tal, encanto? Deseaba verte para felicitarte por el método que empleas. Eres una artista consumada.

Las mejillas de Shere se encendieron.

Johnny Clarke levantó la mirada del plato, y deteniéndola en el rostro de Rick declaró:

—Palabra que es usted un tipo melodramático, señor Nolan. Me recuerda a uno de esos malos actores que para conseguir la atención del público recurren a toda clase de gestos.

—¿Usted cree?

—Sin lugar a dudas. Examine usted su papel en el actual escenario y se convencerá.

—Tengo una pistola en cada mano y le apuesto doble contra sencillo a que a esta distancia no fallo un solo disparo hasta liquidar al último de ustedes.

—Usted no debiera decir eso. Al oírles llegar he podido sacar mi pistola. Yo también tengo una, señor Nolan. Y hasta es posible que a pesar de su famosa puntería yo le hubiera tumbado antes de que pudiese realizar su cacareada exhibición.

—¿Por qué no lo ha hecho?

—¿Iba a interrumpir mi almuerzo por una tontería? ¡Oh, no, señor Nolan! Usted me subestima.

—Supongamos que le diga que no le entiendo. ¿Qué pretende con toda esa ridícula palabrería?

—Demostrarle que yo haré mi negocio con o sin usted.

—¿Y si se equivocase aunque sólo fuese por una vez, Salomón? Yo sólo he venido a Haití en busca del asesino de Samuel

Gaggenhein.

—Y puesto que ya lo ha encontrado, lo demás le importa un rábano; las armas, los dólares, el señor Duval, y toda esa bazofia que le acompaña —Johnny Clarke sonrió e inmediatamente pasóse una servilleta por los labios—. Voy a admitir por un momento que usted piensa así. Como es natural, usted tiene la pistola...; perdón, dos pistolas. Yo no tengo más remedio que ir con usted. ¿Voy bien, señor Nolan?

—Perfectamente, continúe.

—Usted y yo embarcamos rumbo a Trinidad, nos presentamos al señor Warden y usted dice que yo soy el asesino de Gaggenhein. ¿Me explico?

—Como un libro abierto.

—Entonces usted tendrá que esconder la ^pistola o entregársela al inspector, e inmediatamente yo diré que no maté a Gaggenhein. ¿De qué forma va a probar que yo cometí ese crimen? —Johnny hizo una pausa—. ¿Necesito recordarle que solamente sus huellas dactilares están impresas en la pistola con la que Gaggenhein fue asesinado?

Rick no dijo nada y entonces Johnny se echó a reír.

—Convénzase, señor Nolan. Yo creo que le tendrá a usted mucha más cuenta el ser un poco comprensivo.

—¿Qué cantidad de comprensión he de dar en la báscula?

—La necesaria para que nosotros esta noche ventilemos el asunto que nos ha traído a Haití.

—Usted se refiere a cobrar la pasta.

—Así es, señor Nolan.

—¿Y después?

—Usted recibe un pellizco y se embarca con nosotros en el yate. Naturalmente, estoy dispuesto a dejarle en el puerto que usted me señale.

Rick se frotó la barbilla con el cañón de una pistola.

—¿Cuánto, Johnny?

—Supongamos que le doy diez mil dólares. Creo que es un precio bueno teniendo en cuenta que usted no formaba parte de nuestro grupo.

—Está bien —asintió Rick—; pero ahora contésteme a la pregunta más importante.

¿Cómo sé que usted no me va a traicionar? ¿Qué garantías tengo yo de que va a cumplir su palabra, de que no me va a ocurrir lo que a Gaggenhein?

El rubio miró fijamente a Nolan y de pronto lanzó una carcajada.

—Hace cuarenta y ocho horas yo ignoraba su existencia, señor Nolan. Usted por sí solo, debido a la relación que le unía con Gaggenhein se infiltró, digámoslo así, en mi esfera. Cristina fue la que entrevió las posibilidades de su visita a Gaggenhein, y yo no hice más que aprovecharme de ella; pero ahora todo está en su justo medio. Logró escapar de la policía de Trinidad, que es lo importante, y yo estoy seguro, puesto que es usted el requerido por ellos. ¿Se da cuenta? Nuestros intereses son completamente coexistentes. Yo me he librado de un chantajista gracias a usted, pero también se da el caso de que usted se encuentra libre y no le pueden hacer ningún daño. —Hizo una pausa y como resumen de su discurso inquirió—: ¿Le parecen suficientes garantías?

Rick estudió la fría mirada de aquel hombre de hielo, y finalmente sacudió la cabeza en sentido afirmativo. Johnny comentó riendo:

—Yo no he dudado un momento de que aceptaría, señor Nolan.

—¿Por qué?

—Hace algún tiempo oí hablar de usted. Me dijeron que era un hombre de recursos, ingenioso, hábil y poseedor de un valor poco común. Por tanto, no era difícil pronosticar que usted se daría cuenta en seguida de su verdadera posición en el asunto de Gaggenhein. —Johnny hizo una pausa y levantándose solicitó—: ¿Me quiere usted dar ahora las pistolas?

Rick miró las dos armas por un momento y luego guardó la suya en el bolsillo y tiró la otra sobre la mesa.

—Me quedo con la mía. No lo tome a mal, pero es un recuerdo de familia. Johnny sonrió diciendo:

—Está en su perfecto derecho, señor Nolan. Ahora me disculpará, pero he de hacer una visita al yate para inspeccionar la mercancía que hemos de desembarcar esta noche. Considérese en su casa. —Johnny miró a Shere y le preguntó—: ¿Vienes conmigo, querida?

La joven, que había estado todo el rato en silencio, negó con la

cabeza.

—Me quedaré aquí, si no te importa.

—Está bien, como quieras. ¡Vamos nosotros!

Lutcher se acercó a la mesa, cogió su pistola, y tras mirar unos instantes a Rick la guardó en el bolsillo.

Johnny abandonó la terraza, y detrás de él fueron Lutcher y Cristina.

Nielsen frunció el ceño mientras se enfrentaba con Nolan.

—¿Me da usted a mí también mi pistola?

Rick sacó la enorme arma y se la arrojó al gordito, el cual la cogió en el aire e inmediatamente se marchó.

Rick y Shere quedaron solos en la terraza. Tras un prolongado silencio, él interrogó:

—¿No vas con tus compañeros a comprobar la cantidad de beneficio que sacaréis de esta operación? —Esperó unos instantes y al ver que ella no daba respuesta añadió—: Haces mal en fiarte de ellos. Son capaces de decirte que han perdido dinero en el negocio.

Ella lo miró con las aletas de la nariz palpitantes.

—No me divierten sus ironías, señor Nolan.

—Y a mí tampoco me gustan tus cachiporrazos.

—Yo no le golpeé.

—No me digas que fue un querubín que bajó del cielo.

—Fue Johnny.

—¿Que fue él? Tú me engatusaste y yo fui tan estúpido como para caer en tus redes. Muy pocas veces he cerrado los ojos para besar a una mujer, solamente cuando ella me ha interesado, y contigo lo hice. ¿Qué importa que fuese Johnny? Tú representaste una comedia sabiendo que él acudiría en tu ayuda.

—No representé ninguna comedia. Estaba tan embebida con su conversación que no me di cuenta de que Johnny se estaba acercando a usted. Lo besé porque lo deseaba.

¡Ande, ríase ahora o suelte uno de sus famosos sarcasmos!

Rick meneó la cabeza de un lado a otro.

—¡No me es necesario! —rugió también iracundo—. Aún no sé cómo demonios me atrevo a hablar contigo. Nos hemos encontrado dos veces y no has hecho más que engañarme. Primero fue en el hotel. —Rick hizo una mueca y remedió la voz de la joven—: «Johnny, ¿estás ahí, Johnny?».

—¡Cállese! —exclamó Shere con los ojos nublados por una pátina húmeda.

—No puedo callarme. Lo haría si no me hubieses interesado.

—¡Eres un sádico! —apostrofó ella tuteándole.

—¡Claro que sí! Soy un sádico, pero conmigo mismo, por pretender pedirte explicaciones cuando sé que no puede existir nada que justifique tu actitud. Me llevaste al Búho y me entretuviste allí mientras Johnny cometía su asesinato. ¿Te das cuenta? Has sido cómplice de un crimen.

Ella lo miró con ojos aterrorizados, llenos de lágrimas, y de pronto estalló en sollozos sepultando la cara entre las manos.

—¡No, Rick! ¡No! —exclamó entrecortadamente.

De repente, le mostró el rostro bañado en lágrimas y anunció:

—Te contaré la verdad, Rick. Johnny me dijo que te llevase al Búho porque tú eras un competidor de él. ¡Tienes que creerme! Yo no sabía a qué clase de negocios se dedicaba. Pensé que era un hombre honrado. Me lo confesó todo cuando veníamos en el yate. Me engañó en Puerto España diciéndome que yo debía hacerte perder el tiempo en El Búho mientras él firmaba un contrato con cierto hombre que enviaba herramientas agrícolas a esta isla. Eso fue todo. ¡Te juro que es cierto, Rick!

Nolan se apretó las sienes, sintiendo que el corazón le galopaba. Dio gracias al cielo porque se hubiese equivocado, aunque siempre, allá en lo más profundo de su pecho, alentó una leve esperanza de que ella, Shere Craig, estuviese lejos de aquel vertedero.

La joven volvió a esconder la cara sin dejar de sollozar, y él entonces se acercó y se agachó sobre ella besándola suavemente en el cabello.

—Te creo, Shere —murmuró.

Ella dejó de llorar poco a poco, y luego, también lentamente, empezó a levantar la cabeza hasta que sus ojos quedaron fijos en los de él.

De pronto, le echó los brazos al cuello y Rick la estrechó con todas sus fuerzas besándola en la boca, en la nariz, en el cuello, en las orejas...

Al cabo de un rato ella musitó:

—Rick...

—¿Qué hay?

—No creo que Johnny cumpla su palabra respecto a ti.

—¿Piensas que no lo sé?

—Hay algo más.

Rick le secó los ojos con el dorso de la mano.

—Eres muy bonita, Shere.

—Te estoy hablando en serio, Rick.

—Déjalo para después —dijo él, y la besó de nuevo en los labios.

Ella se separó.

—Johnny quiere casarse conmigo.

Instantáneamente los músculos faciales de Rick se endurecieron adquiriendo la dureza del ébano.

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—Anoche en el yate. Después de confesarme lo ocurrido en Trinidad, me dijo que yo necesitaba un hombre para que se cuidase de mí. No podía estar expuesta a que cualquier aventurero me engañase.

—¿Qué le contestaste tú?

—Le dije que no estaba en mi pensamiento casarme con nadie ahora, y que había pensado marcharme a Europa. Se lo dije con buenas palabras, y también le rogué que me hiciese una liquidación de la fortuna de mi padre. Necesitaría el dinero para emprender una nueva vida. El se echó a reír y dijo que yo hablaba como una chiquilla. El había sido nombrado por mi padre albacea, y tenía grandes deberes que cumplir conmigo. Terminó diciéndome que me fuese a dormir y que ya hablaríamos en otro momento sobre mi porvenir.

Rick apretó los dientes.

—¡Le levantaré la tapa de los sesos si te toca!

—No digas eso, Rick.

—No sabes qué clase de bicho es, Shere. He conocido a muchos tipos como él. Son despiadados, crueles y vengativos. No saben lo que es sentir afecto por nadie. Te quiere a su lado porque eres bonita, llamativa, y él cree que serás una digna compañera suya. Debe soñar con exhibirte como si fueras un pura raza de su propiedad; pero no le daré esa satisfacción.

Hubo un silencio mientras Shere se llevaba una mano a la garganta.

—¡Tengo miedo, Rick!

—Déjalo de mi cuenta.

Nolan la atrajo otra vez junto a su pecho y la mantuvo apretada mientras le acariciaba el cabello.

—Yo lo solucionaré —murmuró pensativo, aunque él sabía que, cuando llegase la noche, tendría que acompañarle la suerte para salir airoso de aquella difícil prueba.

De pronto alguien empezó a aplaudir a sus espaldas. Shere y Rick volvieron la cabeza contemplando a Cristina Larios, la cual había entrado silenciosamente en la terraza.

—Me pierdo por las escenas románticas —manifestó la ex secretaria de Gaggenhein—. Continúen, por favor.

Los ojos de Shere llamearon con furia.

—¡Estoy harta de que me espíes, Cristina! —exclamó separándose de Rick.

—¿De veras, querida? —sonrió la rubia mientras cogía un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa—. Pues me tendrás que aguantar todavía un poco más.

—Tú eres la culpable de todo esto —acusó Shere—. Jamás, pensé que pudiese haber mujeres como tú, capaces de mancharse las manos de sangre.

—Estás muy excitada, ricura. ¿No te convendría descansar un poco? Cuando una mujer pierde el control de sus nervios se expone a perder también el amor de su héroe. A los hombres les gusta que seamos serenas y apacibles.

Hubo un silencio, y luego Cristina se puso el cigarrillo en los labios y miró a Rick.

—¿Me das fuego? Pero, por favor, sólo el necesaria para encender el cigarrillo. No quiero provocar los celos de tu chica.

El pecho de Shere amenazó con romper su envoltura, un suéter azul, y apretó los puños tratando de dominarse hasta que los nudillos adquirieron un tono lechoso. De repente dio media vuelta y salió rápida mente de la terraza.

CAPÍTULO IX

Rick frotó un fósforo y ofreció la llama a Cristina, la cual encendió mirándolo fijamente a los ojos. Luego ella lanzó una bocanada de humo por encima del hombro de Rick y dijo:

—¿Estás seguro de haber elegido bien, niño?

Rick entrecerró los ojos mirándola, tratando de penetrar en sus pensamientos, y llegó a la conclusión de que no perdería nada con darle un poco de cuerda.

—En la coyuntura en que me encuentro —contestó— no tengo más remedio que buscar un aliado. Pensé que ella me podía servir.

—¿Tienes miedo a Johnny?

—En absoluto, bombón. No se puede calificar así al deseo de uno de hacer todas las bazas.

—¿Y pensaste que con ella ibas a hacerlas todas?

Rick se encogió de hombros.

—Aún no lo sé. Nos interrumpiste cuando iniciaba mi avance. Ella abanicó las sedosas pestañas y opinó:

—Has perdido el tiempo, Rick. Ella aquí no es nadie.

—Shere fue quien me llevó al Búho y pensé que desempeñaría un papel importante en la pandilla.

—Oh, es solamente una estúpida chiquilla que acaba de romper el cascarón. Johnny se valió de su ignorancia para tenderte a ti la emboscada.

Ahora Rick tenía la confirmación de que cuanto le había dicho Shere era cierto. Observó la actitud felina de la muchacha que tenía delante y hubo de frenar el impulso que sintió de propinarle una bofetada.

Pero el disimulo también entraba en las artes de un soldado de fortuna y aquél era un buen momento para poner a prueba su

habilidad.

—Shere no es mi tipo —declaró—. Siempre me han gustado con más nervio.

—Quizá tengas oportunidad de rectificar tu error.

—¿Tú crees?

La rubia, que estaba muy cerca de él, ladeó la cabeza ligeramente y, con toda naturalidad, le echó los brazos al cuello.

Rick sintió el tibio contacto de su cuerpo, pero no hizo nada por estrecharla. Fue Cristina quien se apretó a él y adhirió la húmeda y roja boca a la suya, clavándole sus pequeños dientes en el labio inferior. Luego, al separarse preguntó con una sonrisa:

—¿Qué te parece? ¿Tengo yo nervio, Rick?

—Es posible —convino él.

—¿Qué es eso de es posible? —dijo ella con voz irritada.

El sonrió dándole a entender que le había gastado una broma y contestó:

—Tanto nervio como el más trepidante de los calipsos.

—Adulador —exclamó ella con un mohín.

El encendió también un cigarrillo y a continuación sugirió:

—Suponiendo que vayamos a ser uña y carne en este asunto, ¿qué es lo que quieres, Cristina?

—Llevarme la parte del león.

—¿Por qué? ¿No son ellos tus compañeros?

—¡Al infierno con la pandilla! Fui yo quien armó el negocio.

—Creí que era cosa de Johnny.

—A Johnny lo encontré en un bar de Trinidad. Me impresionó su carácter frío. El me invitó a tomar unas copas y nos pusimos a charlar. No había conocido a ningún tipo de su temple y decidí pasar por la experiencia. No me gustó, ¿sabes? —Cristina hizo una pausa y añadió—: Yo llevaba varios años trabajando con Gaggenhein. Mi jefe era un fulano de pocos riñones. Naturalmente se dedicaba al contrabando de armas, pero lo hacía en pequeña escala. Era un pobre diablo. Yo estaba al tanto de sus maquinaciones y él me pagaba un buen sueldo. Poco a poco me fui dando cuenta de que aquel asunto podía rendir buenos beneficios si se hacía en grande. Se lo indiqué a Gaggenhein, pero él se rió de mí y tuve que archivar mis proyectos. Johnny me pareció el hombre ideal para llevar a cabo mis ambiciones. Se mostró entusiasmado

con mi plan. Todo consistía en tener un poco de capital para tomar en arriendo un barco y empezar a trabajar. Entonces cometí una equivocación. Acudí a Gaggenhein para que nos proporcionase el barco. Nuestra primera operación la llevamos a cabo con un grupo revolucionario de Honduras. Gaggenhein se mostró escéptico respecto a su resultado, ya que el Caribe es vigilado estrechamente por ingleses y americanos. Pero cuando el negocio salió a la perfección, a Gaggenhein se le ocurrió una brillante idea, la de chantajearnos. Naturalmente no tuvimos más remedio que pagarle. Luego vino lo del asunto de Cuba y resultó una operación estupenda. Los dólares llenaron nuestras arcas, con lo cual Gaggenhein se sintió con derecho a apretar un poco más las tuercas. Al final nos cansamos y decidimos mandarlo al otro mundo.

—Y yo os brindé la oportunidad para que le sacaseis el billete —completó Rick.

—Olvidalo, no vale la pena. Lo importante es el presente.

—¿A qué equivale para ti ese presente?

—Tú y yo nos vamos a largar de Haití con el dinero de Duval. Rick encanutó los labios y lanzó un silbido.

—¿Crees que Johnny no habrá adoptado precauciones para evitar una mala tentación?

—Escucha, niño. Johnny te tiene sentenciado. En cuanto Duval venga aquí esta noche con la pasta, tus minutos estarán contados. Así, pues, de lo que se trata es de que tú seas el primero en coger la sartén por el mango cuando se arme la zarabanda. ¿Es que eres tan ingenuo para creer que él te va a dar esos diez mil?

—Está bien —sacudió la cabeza Rick—. Tú y yo vamos a ir juntos en esto, pero contéstame a otra pregunta.

—¿Qué es?

—¿Por qué me elegiste a mí? Tienes a Lutchter, a Nielsen y quizá a alguno más. Cristina sonrió.

—Tú *me* gustas, chiquillo. Todas las demás razones sobran, ¿no te parece? Cuando me agarraste por el cabello esta mañana y me clavaste el dedo junto a la oreja, pensé que eras mi hombre.

Rick sabía que había muchas mujeres por el mundo con aquella forma de pensar, psicópatas introvertidas que se pirraban no por el tipo que las trataba con corrección, sino por el que les demostraba su superioridad mediante la fuerza bruta, mujeres que pedían a

gritos un lugar en un sanatorio de alienados. Cristina Larios era una de ellas.

—Estamos de acuerdo —contestó el joven—. Puntualicemos ahora los detalles.

—Ya sabes que Duval vendrá aquí con sus hombres para descargar la mercancía y pagar su importe. La reunión se celebrará seguramente en esta misma terraza. En cuanto Duval suelte el dinero, tú sacas la pistola y te haces dueño de la situación. Yo también tendré mi automática a punto y en cuanto vea que alguien hace un movimiento de más lo dejo seco.

—Estupendo. Pero lo más peligroso no es eso,, sino la huida.

—Nos marcharemos en el único coche que hay aquí y no podrán seguirnos.

—¿Adónde iremos?

—A Morita. Estuve allí en otra ocasión, cuando el asunto de Cuba, y conozco al patrón de una barca que nos llevará a Cap Haitien. Allí cogeremos un avión que nos conducirá adonde queramos.

—Pero Johnny y los demás supondrán que no nos vamos a quedar en la isla. Se meterán en el yate y pretenderán darnos alcance, cosa que conseguirán antes de que hayamos llegado a Cap Haitien.

Cristina se puso a reír.

—No seas ingenuo. Los muertos no pueden seguir a los vivos. Cuando nos apoderemos del dinero, les dedicaremos a cada uno una bala con nuestros mejores deseos. Arruinaremos esta terraza transformándola en un panteón, pero la vida es así, llena de sorpresas.

Rick miró fijamente a aquella mujer para quien matar a otro semejante tenía la misma importancia que fumar un cigarrillo.

—¿Alguna objeción, Rick? —preguntó ella, ahora con los ojos chispeantes.

—Es un cuadro perfecto al que no falta ni sobra un solo brochazo.

—Tenía el presentimiento de que te gustaría. Cristina arrojó el cigarrillo al suelo y pidió:

—Sellemos nuestro pacto.

Se aproximó otra vez a él y se abrazaron. Rick sintió una honda

repulsión para sus adentros. Era una mujer hermosa, pero tenía el corazón de un chacal.

Mientras se besaban oyeron unos pasos precipitados y él volvió rápidamente la cabeza hacia la puerta. Vio a Shere alejarse por el *hall* y comprendió de un golpe que la joven los había visto en aquella actitud.

Cristina rió sarcásticamente.

—La ovejita ha sorprendido a su pareja traicionándola.

Jamás en otro momento anterior de su vida Rick tuvo que hacer un esfuerzo mayor para contenerse, pero no tuvo más remedio que hacerlo porque en ello no solamente le iba la vida, sino también la de la mujer que amaba.

CAPÍTULO X

Faltaban pocos minutos para las once de la noche. Todos se hallaban reunidos en la terraza, a excepción de Nielsen, que hacía guardia fuera.

Johnny y Lutcher fumaban tranquilamente recostados en sendos sillones de mimbre. Cristina hojeaba una revista de modas, aunque de vez en cuando levantaba la mirada para depositarla en el rostro de Rick, el cual se encontraba apoyado contra la jamba de la puerta.

Shere Craig miraba hacia el mar con los brazos cruzados, lejos de todos, en un rincón de la terraza.

Rick no había tenido oportunidad de hablar a solas con ella en toda la tarde. Lo intentó varias veces y siempre tuvo cerca de él a Cristina o cualquiera de los otros, pero el mayor impedimento lo encontró en la propia Shere, que eludió toda aproximación.

Se oyeron voces procedentes de la puerta de la casa y poco después se abrió ésta y Nielsen apareció en la terraza acompañando a Duval y otros dos hombres de piel negra. Todos ellos vestían impecablemente y llevaban sombrero. Duval era portador de un pesado maletín, el cual dejó sobre la mesa mientras tendía la mano a Johnny, que se había puesto en pie.

—Celebro verle, señor Clarke —declaró desparramando la mirada por las personas que se encontraban en la terraza.

—Es usted un hombre de palabra, Duval —retrucó Johnny mientras consultaba su reloj—. Son las once en punto.

Duval se aclaró la voz.

—¿Quieren dar la orden oportuna para que mis hombres comiencen a descargar la mercancía, señor Clarke?

Johnny distendió los labios en una sonrisa y miró el maletín.

—Perdone, señor Duval. No es que dude de usted, pero me

gustaría conocer antes el color de su dinero.

El mulato frunció el ceño manteniéndose inmóvil unos instantes, pero por fin meneó la cabeza en sentido afirmativo.

Echó mano al maletín y lo abrió empujándolo después hacia el lado en que se encontraba Clarke, a la cabecera de la mesa.

Johnny cogió el maletín parsimoniosamente por un asa y lo inclinó, observando su interior. Luego metió la mano y sacó un fajo de billetes.

Duval tosió suavemente, puntualizando:

—Es dinero de la Tesorería de los Estados Unidos.

Johnny examinó los billetes que componían el fajo. Fue un trabajo lento, concienzudo, de perito en la materia. Al cabo de unos minutos lo depositó en el interior del maletín y aprobó:

—Exacto, amigo. Son hermosos y crujientes billetes salidos de los sótanos de Fort Knox.

—Doscientos cincuenta mil dólares —concretó Duval—. Por lo tanto, ahí van ya incluidos los cincuenta mil suplementarios que nos pidió esta mañana la señorita.

—Da gusto tratar con personas como ustedes —comentó Johnny con una sonrisa.

—No podemos perder mucho tiempo. Hemos de transportar las armas y queremos tenerlas en nuestro arsenal antes de que amanezca.

—Oh, sí, señor Duval... ¡Nielsen...! Ve al yate y encárgate de que no se ponga ningún impedimento al desembarco de las armas.

Nielsen dio media vuelta y salió de la terraza.

Duval hizo una seña a uno de los hombres que habían entrado con él y el más alto se marchó detrás de Nielsen. Luego Duval cogió otra vez el maletín y lo acercó a su lado.

—Una vez hayamos hecho el recuento de las armas, usted tendrá su dinero, señor Clarke.

—Perfectamente, Duval. Me parece razonable. Entretanto vamos a beber algo. ¿Te encargas tú, Cristina?

La joven preparó unos vasos de *whisky* y los puso en una bandeja sobre la mesa. Cada uno cogió su vaso y empezaron a beber.

Cristina se dispuso a entrar en la casa y Johnny, que se dio cuenta de ello, preguntó:

—¿Dónde vas, muchacha?

La rubia se volvió con un gesto de hastío.

—Tengo una fuerte jaqueca —contestó—. Me acostaré un rato a ver si me pasa.

—Está bien, preciosa, cuídate mucho. Sabes que me eres indispensable.

Había cierta ironía en la voz de Johnny, y Cristina se quedó inmóvil en el umbral observándolo. Luego, cambió una mirada con Rick y se marchó.

Nolan sabía que ella no sufría ninguna jaqueca. Iba solamente por una pistola.

Desvió los ojos hacia el lugar en que se encontraba Shere y encontró los de ella. Se dio cuenta al instante de la amargura que sentía aquella mujer que había confiado en él.

Shere echó a andar lentamente y descendió por una escalera que daba acceso al jardín, en el que crecían las palmeras y la floresta del trópico.

Johnny estaba entretenido conversando con Duval acerca de las características de las armas que iban a ser desembarcadas del yate.

Rick encendió un cigarrillo y fue en seguimiento de Shere. La encontró recostada sobre el tronco de un árbol mirando al mar, sobre el que rielaba la luna arrancándole destellos de plata.

Rick respetó el silencio un rato y finalmente, observando a la joven, advirtió:

—No es lo que tú crees, Shere.

Ella volvió rápidamente la cabeza hacia él con ojos furiosos.

—¿Qué es lo que yo creo?

—Esa mujer no significa nada para mí.

—¡Claro que no! —exclamó Shere sarcástica—. ¡Y por eso se lo estabas demostrando!

¡Por eso la abrazabas y la besabas...! Para que entendiese bien que entre tú y ella no podía haber nada.

—Escucha, pequeña. La vida a veces nos obliga a hacer cosas que no deseamos.

—Te dije que era una ingenua, Rick; pero en los últimos días he pasado por una valiosa experiencia. Ni tú ni Johnny volveréis a engañarme.

—No pretendo engañarte. ¿Por qué no intentas reflexionar unos instantes?

—Ya he pensado mucho en ello. No hace falta que lo haga más. Me diste una buena definición de lo que era un soldado de fortuna, Rick, pero resultó algo incompleta. Yo añadiré por mi cuenta lo que faltaba. Un soldado de fortuna es todo lo que tú dijiste, pero olvidaste una de sus características, la de pasarse al bando contrario cuando no puede conseguir su objetivo en el que empezó a luchar.

Rick dio una chupada al cigarrillo y expulsó el humo por las ventanillas de la nariz.

—Traté de indicarte la diferencia que existía entre un aventurero y un soldado de fortuna. Yo estoy incluido en los de la segunda especie. Es cierto que se me olvidó agregar algo a aquella definición, y ahora lo voy a subsanar. Un soldado de fortuna es también un romántico, Shere. Se mueve impulsado por un interés económico, pero posee una gran virtud: la de convertir en un ideal aquello por lo que lucha, porque ama la justicia. Por ello es también capaz de enamorarse... y cuando lo hace, es por una sola vez.

Sobrevino un intenso silencio mientras ella miraba a Nolan con un rictus de amargura en su rostro.

—Quisiera creerte, Rick. Lo necesito. El sonrió.

—Te prometo que no te arrepentirás, Shere.

—Por primera vez en mi vida tengo miedo.

Nolan se acercó a la joven y puso una mano en uno de sus brazos, sintiéndolo frío como el hielo. Se lo apretó con dulzura y aseguró:

—No has de temer nada. Todo se arreglará. No he hecho más que seguir la corriente a Cristina. Ella quiere dejar plantado a Johnny y a los demás. Necesitaba ayuda de alguien y ha pensado con muy buen criterio que, dadas las circunstancias, ese primo podía ser yo. Dentro de un rato regresarán Nielsen y el mulato que han ido a supervisar el desembarco de las armas; entonces es cuando yo tengo que entrar en acción. Cristina me secundará.

—¿Qué va a pasar, Rick?

—Ella lo quiere arreglar todo con plomo, pero no será así. Necesito que ella y Johnny me acompañen en mi viaje de regreso a Trinidad. Entre los dos planearon la muerte de Gaggenhein y van a responder de ese crimen o yo dejaré de llamarme Rick Nolan.

—¿Crees que lo conseguirás? Rick le acarició la mejilla.

—Una vez dijo alguien al verme en plena faena que yo era como

un ciclón. —Hizo una pausa y sacudió la cabeza, añadiendo—: Regresemos a la terraza. Ya hemos estado demasiado tiempo aquí.

Subieron juntos otra vez la escalera.

Johnny los recibió con una mirada centelleante.

—¿Estuvieron contemplando la luna, muchachos? —inquirió con sorna.

Shere no se dignó contestar, dirigiéndose a un sillón de mimbre en el que se sentó. Rick ocupó una silla junto a Duval y mirando a Johnny preguntó:

—¿Cuáles son sus planes respecto a Shere?

—¿Le interesan, señor Nolan?

—Un poco.

—Shere es una chiquilla que sabe poco del mundo. Necesita a su lado un hombre que la preserve de las tentaciones. Pienso dedicar a ella toda mi vida. ¿Tiene usted algo que objetar?

En aquel instante se oyeron unos pasos, Nielsen y el representante de Duval regresaban a la terraza. Duval se puso en pie.

—¿Está todo conforme, Alberto? —preguntó.

El negro que había ido con Nielsen hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Entonces Duval, se volvió parsimoniosamente y sacó una pistola del bolsillo.

Hubo unos segundos de silencio. Johnny continuaba sentado a la cabecera de la mesa.

—¿Qué hace, señor Duval?

El interpelado distendió sus gruesos labios en una sonrisa.

—Usted jugó sucio con nosotros, señor Clarke.

—¿De qué me habla? —retrucó Johnny.

Los dos negros habían tomado posiciones junto a la puerta que comunicaba con la casa, y también exhibían en sus manos sendas pistolas.

Duval hizo chasquear la lengua y repuso:

—Nosotros sabemos perfectamente cuál es el valor real de la mercancía que nos han traído. Es indudable que ustedes nos prestaban un gran servicio y que corrían su riesgo, pero es de pillos el romper un acuerdo entre caballeros.

Johnny dio un manotazo en el aire y dijo:

—Se equivoca, Duval. Está resentido porque le hemos subido el

precio en cincuenta mil dólares, pero no tenemos la culpa de que los grandes trusts del armamento eleven constantemente sus productos. Esos cincuenta mil de más los pagamos con anterioridad nosotros, pero si cree que hemos pretendido estafarle, estoy dispuesto a cargarlos en mi cuenta, con lo cual habremos hecho un negocio ruinoso.

Duval soltó una risita.

—A mí no me engaña, señor Clarke. Usted es de los que cuando ven que no van a sacar mucho se conforman con poco. Únicamente ha acertado en una cosa: en que van a hacer un negocio ruinoso. Nos llevaremos las armas y el dinero.

—Usted no hará eso —barbotó Johnny perdiendo su frialdad.

—¿Quién dice que no? ¿Usted, señor Clarke?

—¡Sea un poco más razonable!

—Podríamos quitarles la vida, pero nos conformaremos con lo que ya tenemos.

—¡Rectifique antes de que sea demasiado tarde, Duval!

El mulato cogió el maletín por el asa y lo arrastró de la mesa dejándolo suspendido en el aire junto a su cuerpo.

—Ustedes los americanos tienen cierta especial predilección por fanfarronear, señor Clarke. Están tan creídos de su superioridad que incluso pretenden hacerlo valer en las peores coyunturas.

—¡Vuelva a poner ese maletín donde estaba! Duval negó con la cabeza y empezó a retroceder.

De pronto sonó un disparo y Duval se estremeció al recibir el proyectil en la espalda. Los otros dos fueron a volverse, pero una voz cortante, ominosa, los dejó inmóviles.

—¡Ya estáis soltando esas armas, negritos, si no queréis acompañar a vuestro jefe!

Era Cristina Larios la que desde dentro de la casa había interrumpido aquella escena. Estaba allí, escalofriantemente hermosa, apretando con la mano una automática de cuyo cañón salía una pequeña nube azulada.

Duval abrió la boca desorbitando los ojos, lanzó un rugido y se desplomó sin vida en el suelo.

De todos los que se encontraban en la terraza, Rick fue el primero en reaccionar. Saltó hacia los negros y los despojó rápidamente de sus armas.

Johnny miró sonriente a Cristina.

—Jamás en tu vida serás más oportuna, querida.

La rubia se detuvo con el rostro surcado por una mueca feroz y dijo:

—No rías antes de tiempo, Johnny.

Hubo un silencio expectante, mientras Johnny se iba tornando serio poco a poco.

—¿Qué te pasa, querida? —preguntó con rara voz—. ¿No se te ha ido aún la jaqueca?

—No ha habido jaqueca, Johnny. Tú te crees muy listo, pero no adivinaste lo que yo: que Duval no estaba dispuesto a pagar la mercancía. Por ello salí de aquí, para evitar que se saliese con la suya cuando llegase el momento.

—Confieso que has sabido utilizar la inteligencia. Mis felicitaciones, pequeña; pero guarda ya la pistola. Se te podría disparar sin darte cuenta, y no sé si sabrás, pero me estás apuntando a mí.

—Y va a seguir apuntándote a ti, Johnny, por un rato más. Los ojos de Johnny adquirieron un brillo intenso.

—No te comprendo, Cristina. ¿O es que pretendes jugármela tú también?

—Por fin te has dado cuenta de los hechos. Es eso, Johnny. ¡Voy a jugártela!

—¡Estás loca! —barbotó Johnny, y se puso a reír.

Nielsen fue a sacar la pistola, pero Rick estaba a su lado y le descargó un puñetazo en el mentón. Se produjo un restallido y el pistolero profesional se desplomó pesadamente en el suelo sin lanzar un solo grito de dolor.

Cristina rió y notificó a Johnny, a quien el fulminante ataque de Rick había dejado perplejo:

—Nolan está de mi parte. Es un muchacho fuerte y valeroso. Johnny miró a Rick con ojos cargados de odio.

—¿Es eso cierto, señor Nolan? —preguntó Clarke.

Rick, con los bolsillos de la chaqueta abultados por las pistolas, exhibió su automática.

—Desde luego que sí. Da la casualidad de que ella llena todas mis aspiraciones. Dinero y amor. ¿Conoce usted una mejor combinación?

Luego Nolan se adueñó rápidamente de las armas de Nielsen y Lutchter. Johnny apretó los dientes.

—Son tal para cual, un par de bastardos de mala ley. Cristina rió con más fuerza.

—¿Lo has oído, Rick? Es el flemático Johnny Clarke el que acaba de pronunciar esas palabras. El exquisito, el elegante Johnny Clarke. No ha podido consentir nunca que alguien en su presencia pronunciase una palabra fea y ahora las escupe él como si su boca fuese un vertedero.

Johnny soltó otra retahíla de maldiciones queriendo dar la razón a la rubia.

—¡Ya basta! —le interrumpió Rick con dureza, e hizo una señal a los negros y a Lutchter para que se pusieran detrás de Johnny.

Cristina miró a Shere.

—¡Levántate, mosquita muerta! —le dijo—. Y únete al grupo. Sólo será por unos momentos. Rick y yo os vamos a sacar una buena fotografía.

Shere se levantó del sillón y colocóse junto a Lutchter.

—Eso es —aprobó luego Cristina—. ¿Qué te parece, Rick? ¿No te parece que forman una familia encantadora? Negros y blancos juntos. Un abrazo entre las dos razas. Ya han dejado de odiarse. Los negros y los blancos fraternizan... momentos antes de su muerte.

—No te atreverás —rugió Johnny.

—¿Qué crees tú? —retrucó la cubana, con voz desafiante. Dejó suspendida su amenaza en el aire y luego miró a Rick.

—Anda, chiquillo, demuéstrole que está equivocado.

Rick se dio cuenta de cuál era el grado de crueldad de aquella mujer y hasta dónde llegaba su astucia. Ella jamás se comprometía como ejecutora de sentencias de muerte. Se limitaba a imponerlas.

A Gaggenheim lo había matado Johnny, y ahora él, Rick, era quien debía liquidar a los demás.

—Espera, Cristina —dijo.

La joven observó a Nolan con las pupilas enrojecidas.

—¿Qué he de esperar? ¿Es que vas a sentir miedo ahora?

—No se trata de eso, tesoro —sonrió Rick—. ¿Es que no te acuerdas?

—¿De qué?

—Yo me vi envuelto en este asunto porque la policía de Trinidad

me quiso cargar la muerte de Gaggenhein, y da la pequeña casualidad de que el autor de ese crimen se encuentra aquí.

—¡Termina de una vez! —apremió Cristina, impaciente—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Por lo que pudiera ocurrir, me interesa que nuestro amigo Johnny haga una confesión por escrito.

—¿Es que piensas ir a Trinidad a soltar el cuento?

—No, cariño; pero no te puedes figurar lo bien que descansaré todas las noches teniendo ese documento dentro de mi cartera.

Cristina apretó los labios, y finalmente sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

Rick sacó una estilográfica del bolsillo, buscó un papel en su chaqueta, y finalmente depositó ambas cosas ante Clarke.

—Ya sabe lo que tiene que hacer, Johnny —le dijo.

El tutor de Shere permaneció impertérrito mirando a Rick, pero de pronto éste levantó la pistola una pulgada apuntándole a la cabeza.

—¿Lo vas a escribir o no, maldito?

—Está bien, haré lo que usted quiera, Nolan. Creo que mi situación no me permite elegir.

Cogió la pluma e inclinándose sobre la mesa empezó a escribir en la cuartilla. Al cabo de unos minutos tomó ésta entre las manos y leyó en voz alta:

«El que suscribe, John Clarke, se confiesa autor de la muerte de Samuel Gaggenhein, hecho acaecido el día 5 de mayo de 1957 en Puerto España, isla de la Trinidad».

—De acuerdo, Johnny —asintió Rick—. Firme y rubrique.

Clarke vaciló unos instantes, pero finalmente hizo lo que Nolan le ordenaba.

De pronto, los dos negros que habían venido a la terraza acompañando a Duval lanzaron sendos gritos y, arrojándose por la baranda, echaron a correr como centellas.

—¡Vuelvan aquí! —gritó Cristina, y al ver que su orden no era escuchada disparó hasta tres veces su pistola.

Un aullido de muerte le indicó que una de las balas había dado en el blanco, y seguidamente se oyó el ruido que producía un cuerpo al derrumbarse sobre los arbustos, pero también se siguió oyendo la carrera del otro, que había conseguido escapar.

Cristina miró a Rick con ojos llenos de ira.

—¡La hemos hecho buena ahora! Ese tipa irá a avisar a los suyos y dentro de poco esto se convertirá en un infierno.

Rick había tenido oportunidad de disparar, pero no lo hizo porque jamás en su vida había matado a un hombre por la espalda.

—Ve por el coche, Cristina. Yo me quedaré aquí vigilándoles.

—Te daré una idea mejor. Liquídalos mientras lo traigo.

La rubia fue a coger el maletín que contenía el dinero, pero Rick alargó rápidamente la mano y lo tomó él.

—¿Qué haces? —inquirió ella, con el pecho agitado por la furia. Rick esbozó una sonrisa.

—Está muy oscuro por ahí fuera y se te puede perder, tesoro. —Levantó el maletín, concluyendo—: El y yo embarcaremos contigo. Anda, trae el coche.

Cristina todavía se quedó unos segundos inmóvil, pero finalmente dio media vuelta y entró en la casa para salir por la puerta principal.

Rick quedó solo con sus prisioneros. Johnny entonces soltó una carcajada.

—¿De qué se ríe? —interrogó Rick.

—¿No se ha dado cuenta de cuál es la intención de Cristina?

—Dígamelo usted.

—Ella le descerrajará una bala en la cabeza en cuanto lo vea dormido. Esos billetes la traen loca y no está dispuesta a repartirlos con nadie.

—Se equivoca una vez más, Johnny. No le voy a permitir esa oportunidad. Ella y usted me van a acompañar a Trinidad.

Clarke frunció el ceño.

—No me diga que usted también ha pensado por su cuenta, señor Nolan. Resultaría la mar de gracioso.

Rick guardó silencio y por fin dijo:

—Ven a mi lado, Shere.

La joven echó a andar y dio la vuelta a la mesa, quedando junto a Nolan.

Johnny siguió los movimientos de la muchacha y de pronto estalló en una histérica carcajada.

—Eso es muy bueno, señor Nolan —comentó con ojos lagrimeantes—. Usted se queda con Shere y entrega a la policía a

Cristina.

—A ella con usted —le rectificó Rick.

—De todas formas es lo más divertido que he oído en mi vida. Me gustaría ver la cara que va a poner Cristina cuando conozca el destino que usted le tiene preparado.

Se oyó el jadeo del motor de un coche, el golpe de una portezuela, y de pronto retumbaron tres estampidos.

Cristina cruzó corriendo el *hall*, y apareció en la terraza con el rostro demudado.

—¡Rick! —exclamó—. ¡Son los revolucionarios de Duval! ¡Deben haber rodeado la casa!

En aquel instante llegaron otros disparos lejanos, mezclados con aullidos salvajes.

—Están atacando el yate —anunció Johnny con voz henchida de satisfacción—. Me temo que no van a salir las cosas como ustedes creían.

Cristina abrió los ojos espantada.

—¿Qué vamos a hacer, Rick?

Su repentino pánico le había impedido darse cuenta de que Shere se encontraba ahora al lado de Nolan.

Gritos de agonía sonaron en la lejanía y poco después sobrevino una explosión y una llamarada alumbró por unos instantes la noche tras las palmeras en el lugar en que había estado anclado el yate.

—¡Han hecho volar el barco con dinamita! —exclamó Lutchter.

—Y pronto nos tocará a nosotros —rezongó Nielsen, pasándose el dorso de la mano por el cuello.

—¿Qué va a hacer ahora, señor Nolan? —preguntó Johnny—. El azar quiere que nuestra suerte sea conjunta. Esos tipos son auténticos salvajes y están sedientos de sangre. El fugitivo superviviente les habrá contado de qué forma Cristina eliminó a Duval, y ellos querrán tomar cumplida venganza. Dicen que el jefe de esos insurrectos, un tal Lapebie, es una fiera sin entrañas.

—No se atreverán a venir aquí —opinó Cristina, con voz vacilante.

—Claro que sí, querida —repuso Johnny—. Primero han querido cortarnos la retirada, y luego se lanzarán como locos sobre esta casa. Probablemente te querrán a ti viva... Dicen que los indígenas del Caribe tienen ganada fama en materia de tormentos. Al menos

eso es la que cuenta la historia.

;—¡Cállate! ¡Maldito seas! —gritó Cristina, fuera de sí.

—Guarden silencio los dos —ordenó Rick con voz dura.

Durante un largo minuto no se pudo oír ni tan siquiera una sola respiración en aquella terraza.

De súbito sonó un disparo y una bala aulló clavándose en la pared de madera.

Tres formas humanas emergieron allá a lo lejos entre los troncos; saltando fueron acercándose a la terraza.

Cristina quedó sobrecogida, pero Rick hizo funcionar su pistola hasta cuatro veces. Uno tras otro, los tres negros fueron abatidos en su loca carrera.

Sonó otro disparo por la izquierda e inmediatamente Rick se tiró a tierra arrastrando consigo a Shere. No hizo falta que diese una orden, porque los demás le imitaron tendiéndose junto a la baranda.

—¡Nolan! —exclamó Johnny—. ¡Tiene que darnos nuestras armas! Usted solo no puede hacerles frente.

En la selva cercana se había producido una nueva pausa.

—¡No lo hagas! —gritó Cristina—. ¡No les des las pistolas, Rick!

—¿Va a hacer caso de una loca? —dijo de nuevo Johnny—. Nosotros ahora no podemos matarnos unos a otros. Yo necesito de usted, Nolan, y usted de mí. Todos nos necesitamos. Ya arreglaremos nuestras cuentas pendientes si es que escapamos de ésta, pero ahora hemos de luchar juntos.

Rick se humedeció los labios con la lengua. Finalmente, introdujo la mano en el bolsillo, sacó una pistola y la arrojó a Johnny. Luego, lanzó las de Lutchter y Nielsen hacia el lugar en que éstos se encontraban.

CAPÍTULO XI

Johnny cogió el arma y la sopesó en su mano mirando fríamente a Rick. De pronto se echó a reír.

—No, señor Nolan, no piense que voy a disparar contra usted. Lo que le decía antes era cierto. Usted me conviene ahora vivo, pero le advierto una cosa. Si vencemos a esos desharrapados no volverá a coger la batuta. —Miró a Cristina—: ¿Qué te parece, hermosa?

—¡Condenado bastardo! No te atreverás a hacer nada contra mí.

—Claro que no, preciosa. Johnny no puede hacerte nada a ti.

En su voz había algo de sadismo, y Rick leyó en sus ojos el infernal deseo que aquel hombre sentía por ver morir a la mujer que le había traicionado.

En aquel momento los revolucionarios se lanzaron a un nuevo ataque.

Eran como fantasmas que salían de la oscuridad y avanzaban lanzando al aire gritos ancestrales de muerte.

Rick, Johnny, Nielsen y Lutcher hicieron trepidar sus pistolas derribando unos cuantos negros. De pronto, Lutcher lanzó un grito y se levantó llevándose las manos a la cabeza. Pareció quedar inmóvil de pie, y luego, poco a poco, se fue derrumbando mostrando la cara deshecha, cubierto de sangre.

Rick metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó un nuevo cargador que puso en la automática. En eso sintió que le tironeaban de la manga y al volverse vio a Shere que estaba a su lado mirándole.

—Perdóname, Rick.

—¿Qué es lo que tengo que perdonar?

—Que dudase de ti.

—¿Sabes una cosa, pequeña?

—¿Qué, Rick?

—Que te encuentre deliciosa en todos los momentos, incluso en éste. Ella le asió una mano y se la apretó.

—Gracias, Rick.

—¿Por qué?

—Es lo más bonito que me han dicho en mi vida.

Rick notó cómo ella se estremecía y siguió la dirección de sus ojos. Johnny, a unas cinco yardas de ellos, estaba mirándoles con una sonrisa malévola en los labios.

—Será mejor que no haga planes para el futuro, Nolan.

—Siempre he sido un optimista, y le aseguro que he pasado por situaciones más difíciles que ésta —contestó Rick.

—Si no lo mata una bala de esos negros seré yo quien me lo cargue.

—Inténtelo si puede.

—No, ahora, no. He visto que sabe arreglárselas bien con la pistola. Necesito que liquide a media docena más de esos estúpidos. Continúe, muchacho, lo está haciendo muy bien.

El diálogo fue interrumpido por una nueva ofensiva de los revolucionarios, pero ahora estaban escarmentados y avanzaban disparando, no dejándose apenas ver.

—¿Dónde infiernos estáis, hijos del diablo? —gritó Nielsen. Cristina se arrastró junto a Nolan.

—¿No podríamos llegar a un acuerdo con ellos, Rick?

—Nos tienen cogidos y ellos lo saben. He tratado a esa gente en otras ocasiones y no se distinguen precisamente por su clemencia. ¿Por qué no vas tú a convencerlos?

Cristina se dio cuenta de la ironía que contenían las palabras del joven, y mordióse el labio inferior con furia.

—Me ibas a engañar, ¿verdad, Rick?

—¡Déjame en paz ahora!

—Shere estaba a tu lado cuando yo llegué.

Rick no le hizo caso mirando atentamente a la oscura selva, tratando de taladrarla con sus ojos.

—¡Respóndeme! —gritó la rubia, colérica.

—Ha hecho presa en ti el histerismo, muchacha. Será mejor que calmes un poco los nervios o de lo contrario esos negros no tendrán necesidad de molestarse para acabar contigo.

—¡Maldito seas, Rick!

De pronto la voz de Johnny Clarke conminó detrás de ellos:

—¡Acabó la discusión, muchachos! ¡Suelten las armas! Rick volvió la cabeza y vio a Johnny agachado.

—¿Qué le pasa? ¿Es que de pronto le ha dado también un ataque de miedo?

—No ha sido precisamente de miedo, sino de cordura... y ha sido la propia Cristina quien lo ha provocado.

—¿Qué es lo que está pensando su calenturienta mente?

—Algo verdaderamente sensacional para mí...

—Déjese de chiquillerías, Johnny. Usted ya lo dijo antes. Ahora nos necesitamos unos a otros. Si usted nos liquida a Cristina y a mí, no tardarán ni dos minutos en ser pasto de esos tiburones negros.

—¿No ha sido Cristina quien ha sugerido hace un momento algo de un acuerdo con los rebeldes?

—Usted no puede creer en eso —replicó Rick—. También yo le he contestado que ellos no aceptarán de ningún modo una transacción.

—¿De veras? —sonrió Johnny—. ¿Qué te parece si lo intento?

—Hágalo si ése es su gusto.

—De acuerdo, pero ponga la pistola en el suelo y tírela hacia aquí, y tú lo mismo, Cristina. ¡Rápido!

Los dos jóvenes obedecieron.

Sólo quedaron defendiendo el pequeño bastión Clarke y su sicario Nielsen.

—¡Lapebie! —gritó Johnny.

Hubo un largo silencio y al fin una voz le contestó desde la selva cercana:

—¿Qué quiere, señor Clarke?

—Firmar un pacto contigo.

—Lo ha acordado demasiado tarde, señor Clarke. Ustedes mataron a mi lugarteniente y a otros muchos de mis hombres... ¡También han de morir!

—Escucha bien esto, Lapebie —advirtió Johnny—. A Duval lo mató una mujer a quien acabo de desarmar. Estoy dispuesto a entregártela.

—No hay necesidad. Nosotros la mataremos de igual forma, y a usted también, Clarke.

—Siempre te consideraré como un hombre de negocios, Lapebie. ¿Qué clase de revolucionario eres tú? Nunca podrás conseguir ver realizados tus deseos de apoderarte de Haití si nos matas a nosotros. Somos ciudadanos americanos, ¿sabes? Tendrás contra ti a la prensa de nuestro país y tú sabes lo que supone eso. Dificultades económicas, políticas, y al final el desastre para ti. Tengo buenas amistades en Washington y si yo muero, tarde o temprano tú me seguirás al hoyo. —Johnny hizo una pausa y preguntó—: ¿Puedo proseguir, Lapebie?

—Yo tengo un prestigio ante mis hombres, Clarke, y si no les doy un buen escarmiento no podré hacer mi revolución. Debo tener mano dura para poder ser lo que soy y usted lo sabe. Escuche bien mis condiciones. Le dejaré vivo a usted y a otra persona que elija; pero los demás han de morir, y los doscientos cincuenta mil dólares han de quedar también aquí conmigo.

—¡Eso es absurdo! ¡El dinero me pertenece!

—Nosotros lo necesitamos más que usted, Clarke. Usted se lo hubiera gastado con mujeres; nosotros lo queremos para hacer una guerra. ¡Le daré tres minutos para contestar! Y recuérdelo, es el único arreglo que puedo hacer.

Johnny se mojó los labios con la lengua mirando a las personas que tenía frente a él, las cuales, Shere, Rick, Cristina y Nielsen, también fijaban los ojos en él.

Pasó lentamente un minuto, dos, y estaba a punto de expirar el plazo cuando Johnny accedió:

—Está bien, Lapebie, tú ganas. Tendrás el dinero y a los prisioneros menos a uno para que tu prestigio quede íntegro; pero dame un minuto más para elegir a la persona que me ha de acompañar.

—¡De acuerdo, Clarke! Pero no tarde mucho, mi paciencia se agota con facilidad. Johnny sonrió abiertamente.

—¿Qué dices ahora, Nolan?

—Muy bien, lo ha conseguido. Haga el resto de su trabajo y lárguese.

—¿No le interesa saber quién es la persona que voy a elegir para que venga conmigo?

—¡No puede ser nadie más que yo! —exclamó Cristina.

—¿Tú, querida?

—¡Yo te metí en el negocio de Gaggenhein! ¡Puse todas mis ilusiones en ti, Johnny!

—Qué pena, ¿verdad?

—¡Seré tu esclava, Johnny! Haré lo que tú quieras. Te seguiré hasta el fin del mundo. Tengo, que ir contigo, Johnny... Te quiero..., te quiero mucho.

—No, cariño. Tú no me quieres ni has querido a nadie. Para ti sólo existe tu cuerpo, y todo lo tuyo se cifra en darle las satisfacciones que él necesita. Eso eres, Cristina, nada más que una hermosa bestezuela.

—¡No me abandones, Johnny! —gimió la rubia.

—¡Cállate de una vez! —Luego la voz de Johnny se suavizó mirando a Rick y reveló—: Es Shere quien va a venir conmigo. ¿Qué le parece, Nolan?

—¡No! —gritó en aquel instante Nielsen, y volvió la pistola hacia su jefe.

Clarke disparó primero y la bala hizo un agujero en el pecho a Nielsen, el cual estaba muerto antes de que su cabeza golpease con terrible fuerza la madera del piso.

Se produjo otro silencio que interrumpió Pick.

—De acuerdo, llévatela, y que Dios te maldiga —exclamó.

—No, todavía no he terminado —repuso Clarke—. ¡Levántate! Rick obedeció.

—¿Qué quieres? ¿Que salga al encuentro de esos negros para que sean ellos quienes me baleen?

—Abre el maletín, y vacía su contenido sobre la mesa; luego coge aquel periódico que hay en el sillón, hazlo pedazos y, mételos dentro del maletín. Finalmente, tomarás unos cuantos billetes y los pondrás sobre los papeles. —Johnny hizo una pausa—. ¿Te has dado cuenta ya, Rick?

—Sí, creo que es una buena treta.

Rick cogió el maletín y lo volcó sobre la mesa dejándolo vacío. Luego se acercó al sillón, tomó el periódico y lo hizo trozos. Llenó con ellos la valija, y los cubrió con un montón de billetes. Finalmente cerró el maletín.

Johnny se acercó a la mesa y desabrochóse los botones de la camisa. A continuación empezó a guardar los billetes junto a su cuerpo y cuando no tuvo espacio llenó los bolsillos con los fajos que

quedaban. Terminado su trabajo ordenó:

—¡Dame el maletín, Rick!

Nolan cogió el maletín con la mano derecha, al tiempo que se miraba la punta de los zapatos, y de pronto lo lanzó contra la mano armada que tenía enfrente.

Johnny lanzó un grito agudo, al tiempo que perdía el revólver, y fue a agacharse rápidamente para recogerlo; pero en ese instante le cayó encima Rick con toda la fuerza de sus ochenta kilos.

Los dos hombres rodaron por tierra entrelazados.

Entonces Cristina corrió hacia donde había quedado la pistola, pero Shere se dio cuenta de su intención y llegando antes que la rubia, pegó un puntapié al arma, lanzándola lejos.

Cristina, loca de rabia, cogió a Shere por un tobillo y tiró de ella, arrojándola al suelo. En unos instantes ambas se enzarzaron también en una dura pelea, golpeándose mutuamente.

Sin dejar de dar vueltas, Rick y Johnny derribaron la mesa en que se encontraba la bandeja con los vasos de *whisky*.

Los ojos de Clarke vieron cerca de él un picador de hielo. Su mano derecha abandonó la solapa de Rick para coger la improvisada arma. Levantó ésta en el aire y cuando la puntiaguda hoja de acero se iba a clavar en el cuello de su rival, Nolan le sujetó la mano férreamente. Se mantuvieron en aquella actitud durante un minuto, con las respiraciones entrecortadas, los rostros rojos por el esfuerzo, sudorosos, y de pronto Rick tiró del brazo de Johnny y el picador de hielo se hundió en la garganta del contrabandista.

Clarke lanzó un agudo grito y su cuerpo se estremeció varias veces antes de quedar inmóvil, sin vida.

Las dos muchachas, con los vestidos rasgados, seguían golpeándose con todas sus fuerzas.

De pronto gritó Lapebie:

—¿Qué contestas, Clarke? ¡No puedo esperar más!

Rick se levantó y fue adonde se hallaban las muchachas peleando, y las separó empujando violentamente a Cristina, la cual fue a chocar con la baranda, quedando semiinconsciente.

Shere, con el pelo revuelto y una mejilla arañada, exclamó:

—¡Debías habernos dejado! Estaba a punto de darle su merecido. Rick intentó sonreír.

—Lo peor viene ahora para nosotros. Esto no me gusta, Shere.

Ella hizo un gesto de decepción, echándose el cabello hacia atrás.

Rick cogió la pistola y tras palmear a Shere en uno de los brazos desnudos, gritó:

—¡Oiga, Lapebie! ¡Clarke está muerto! ¿Qué le parece si mantiene su palabra, añadiendo una persona al grupo? Somos tres solamente los supervivientes. Dos, mujeres y yo.

Siguió un silencio y de pronto Lapebie se puso a reír.

—¿Tres nada más? Muy bien, amigo, gracias por la noticia... ¡A ellos, muchachos!

De la selva brotó un griterío ensordecedor y docenas de negros brotaron como por ensalmo de los matorrales, dirigiéndose hacia la terraza.

Rick avanzó hacia la escalera, sin pensar que iba a morir de un momento a otro, y empezó a disparar sin resguardarse.

—¡Cogedlos vivos! —gritó Lapebie.

Rick tumbó a tres negros, y luego, al quedar su pistola sin balas la arrojó con fuerza contra un revolucionario que ya llegaba a la terraza y a quien derribó del terrible golpetazo en la frente.

De pronto se oyó una descarga de fusilería y los rebeldes cayeron en abanico delante mismo de la casa.

Hubo una espectacular pausa y después una autoritaria voz ordenó:

—¡Fuego!

Sonó otra descarga y otros tantos empavorecidos negros se desplomaron para no levantarse mas.

—¡Es la milicia! —anunció Lapebie—. ¡En retirada! Los revoltosos dieron media vuelta y echaron a correr, desapareciendo en pocos instantes tragados por la selva.

Rick se quedó un instante inmóvil, y al fin se volvió con una sonrisa en los labios. Shere estaba apoyada en la pared y de pronto se dejó caer lentamente hasta quedar en el suelo.

—¡Oh, Rick! —exclamó—. ¿Quiere decir esto que estamos salvados?

—Aún no lo sé, muchacha —dijo él—. Pueden ser también enemigos. Nosotros éramos contrabandistas y al parecer los que llegan pertenecen al ejército.

Se oyeron unos pasos fuertes por el corredor y apareció un oficial de color, de traje impoluto; pero tras él apareció sudoroso

otro personaje que dejó estupefacto a Rick. Era el inspector Warden, de la policía de Trinidad.

Warden echó una ojeada a los cadáveres que había distribuidos por la terraza y sacó el pañuelo limpiándose el sudor del cuello.

—¡Qué clima! —exclamó con voz dolorida—. Es mucho peor que el de Trinidad. Lo menos habré adelgazado otros cinco kilos. —Y luego, como si se diese cuenta por primera vez de la presencia de Rick, saludó—: ¿Qué tal, señor Nolan?

Rick cogió del suelo la cuartilla en que Johnny había confesado ser autor de la muerte de Gaggenhein, la cual había caído de la mesa durante la refriega, y se la entregó al inspector.

Warden la leyó y luego se la puso a la espalda.

—Nos ha producido quebraderos de cabeza, señor Nolan.

—Es posible, pero tenga en cuenta que la mía estaba en juego. Warden sonrió mientras apretaba las ventanillas de la nariz.

—Hicimos cantar al camarero que les sirvió los *whiskies* dobles a usted y a la señorita en El Búho —manifestó de pronto—. La cosa sucedió por carambola, ya que fue detenido por tráfico de estupefacientes, pero él creyó que lo era por su relación con usted y nos contó que efectivamente había estado allí. En vista de ello metimos mano al dueño, Ernie Fraser. En fin, seguí el mismo método deductivo que usted y llegué hasta Serafín, el chófer, quien, después de recibir mi promesa de que a usted no le pasaría nada, me comunicó que viajaba en pos de la señorita Craig hacia la isla de la Tortuga. Llegué un poco después que ustedes, en avión, y me puse en contacto con el Ejército.

Hizo una pausa mientras leía el contenido de la cuartilla. Finalmente se pasó la lengua por los labios, deteniendo otra vez los ojos en el sorprendido rostro de Rick, y dijo:

—Enhorabuena, señor Nolan... Oh, se me olvidaba. Consiguió usted despertar nuestra curiosidad respecto a los dos mil dólares que le debía Gaggenhein. Y luego resultó que usted hizo un negocio legal con él, consiguiéndole una partida de esmeraldas en Colombia...

Rick le sonrió y al darse la vuelta se dio cuenta de que Cristina había desaparecido.

—¡Demonios! —exclamó—. Se le ha escapado su prisionera, señor Warden.

—Oh, no se preocupe. No llegará muy lejos. Los caminos están interceptados. —Hizo una nueva pausa y prosiguió—: En realidad ella siempre ocupó un lugar preferente en nuestras pesquisas. ¿Sabe una cosa? Gaggenhein llevaba una doble vida y hace tiempo que era objeto de una investigación por parte de las autoridades, aunque nunca se le había podido probar nada. De esa forma, cuando la señorita Larios desapareció de Trinidad, sumé dos más dos y, como es natural —aquí Warden sonrió simpáticamente—, el resultado fue cinco.

—Es una buena suma —asintió Rick.

Cambió un caluroso apretón con el inspector y al dar media vuelta, se dio cuenta de que Shere había descendido de nuevo la escalera y se encontraba recostada en la misma palmera que antes.

Hizo un saludo con la mano a Warden y encendiendo un cigarrillo descendió al jardín lindante con la selva.

Ella estaba mirando al mar, respirando con fruición la refrescante brisa.

—¿En qué piensas, Shere? —preguntó él.

—Hay algo que me inquieta.

—¿Qué es ello?

Shere volvió la cara y respondió:

—Siendo así que un soldado de fortuna no tiene ningún reglamento, ¿cuándo le llega la hora de licenciarse?

Rick se rascó la nuca y dijo:

—Eso depende.

—¿De qué?

—Un soldado de fortuna necesita dinero para poder vivir; así, pues, su licenciamiento depende de que la mujer de que se enamore tenga o no dólares en abundancia.

Ella agrandó los ojos mirándolo y exclamó:

—¡Cínico!

Rick sonrió, arrojó el cigarrillo al suelo, y asiéndola por el talle apretóla contra su cuerpo y la besó ardorosamente en los rojos labios.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).